

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

# A LA MUERTE LE GUSTA EL TU-TU

Ralph Barby



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

Robert Stevenson, corresponsal americano en Viena, ascendió, elástico, los escalones que le separaban de las dependencias policiales. Iba enfundado en un abrigo deportivo color canela, y cubría sus cabellos rubios con un escandaloso sombrero tirolés, con una pluma roja. Sus fuertes mandíbulas se hallaban guarnecidas de una barba espesa y recortada.

Los agentes austríacos que encontró a su paso le saludaron, atentos. Era un hombre jovial y de tierna sonrisa, que sabía granjearse la confianza de cuantos podían proporcionarle la noticia o el reportaje que los rotativos estadounidenses engullirían, insaciables.



Ralph Barby

# **A la muerte le gusta el tu-tu**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1479**

ePub r1.0

Lds 05.01.19

Título original: *A la muerte le gusta el  
tu-tu*

Ralph Barby, 1978

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



# SS

## SERVICIO SECRETO



## CAPÍTULO PRIMERO

Robert Stevenson, corresponsal americano en Viena, ascendió, elástico, los escalones que le separaban de las dependencias policiales. Iba enfundado en un abrigo deportivo color canela, y cubría sus cabellos rubios con un escandaloso sombrero tirolés, con una pluma roja. Sus fuertes mandíbulas se hallaban guarnecidas de una barba espesa y recortada.

Los agentes austríacos que encontró a su paso le saludaron, atentos. Era un hombre jovial y de tierna sonrisa, que sabía granjearse la confianza de cuantos podían proporcionarle la noticia o el reportaje que los rotativos estadounidenses engullirían, insaciables.

Por pura fórmula, golpeó con los nudillos sobre la puerta encristalada donde campeaba un rótulo que rezaba «Comisario». Sin esperar autorización, como ya era habitual en él, penetró en la estancia.

—Ah, es usted, Stevenson —exclamó más que preguntó Adolph Hermann, observándole a través de su gafas redondas y ahumadas.

—¿Quién iba a ser? No me dirá que esperaba a un asesino buscado por la Interpol, con declaración firmada inclusive. De ser así, le meto un puro en la boca.

—Como entra usted en los despachos como si fuera un huracán —objetó Walter Tabor, el agente más perspicaz que Hermann tenía a sus órdenes.

—Hola, Walter, no te había visto. ¡Cómo estás tan flaco! Ése debe ser tu método para cazar hampones; te pones de costado y seguro que pasas inadvertido.

Los policías apenas rieron la broma del norteamericano; sus sonrisas no eran amplias, despreocupadas. Existía un motivo que los

mantenía absortos.

El periodista se inclinó sobre la mesa, e intentó leer, sin disimulos, las líneas escritas sobre una hoja del expediente que Hermann estudiaba, al entrar él en la estancia. Luego, se dejó caer sobre un sillón y se balanceó, apoyándose sobre las patas posteriores del mismo.

—¿Qué, sueltan prenda o mis compatriotas no me mandan ni un «penny»?

—Y con lo provechosos que son sus dólares en la vieja Europa, ¿eh? No tema, alguna noticia le daré, aunque no creo que pueda destacarla con grandes titulares en la prensa de su país. Tengo entendido que allí los *gangs*, no se andan con chiquitas.

—Bah, paparruchadas de cuantos no toleran que la Unión posea la hegemonía mundial, en cuanto a armamento y posición económica se refiere.

Walter Tabor tosió y, con simulada cautela, advirtió:

—Cuidado, pueden estar escuchándonos los hombres de la URSS. Ya sabe que tienen espías por todas partes, y Austria es una buena cabeza de puente para la conquista de Occidente.

—Por Dios, caballeros, que no somos políticos. Nos limitamos a perseguir a delincuentes de poca monta.

—Usted lo ha dicho, comisario. Los políticos son los hampones de etiqueta —generalizó Stevenson, jocosos.

Hermann carraspeó, leyendo por encima los folios que un secretario le había escrito, explicando los casos que en aquellos momentos preocupaban a la policía vienesa.

—Ante todo tenemos dos rateros y una «mechera». Después, hay algo más importante. Tenemos noticias, por nuestros confidentes, de que ha entrado en la ciudad un cargamento de «brown-sugar»<sup>[1]</sup>.

—¿«Brown-sugar» tailandés? —se interesó el periodista.

—Posiblemente viene del Triángulo de Oro, ya sabe, Birmania, Laos y Thailandia, pero tiene un desagradable agravante.

—¿Cuál?

—Ese «brown-sugar» tiene mezcla de alcaloides sintéticos.

—Diablos, eso puede ser un petardo tumba mastodontes.

—Sí —admitió el comisario— y encima, lo distribuyen incluso en colegios. Lo fuman y lo «esnifan»<sup>[2]</sup> niños y adolescentes. Se han dado casos de niños drogados con esta repugnante mezcla, que se

han partido la cabeza contra el pavimento y dos han embestido contra vehículos en marcha, matándose.

—Ése es el mal de todas las naciones —dijo Walter.

—Aparte de este cargamento de droga, y les aseguro que me gustaría empapelar a quienes nos introducen semejantes porquerías en el país, tenemos un suceso ciertamente desagradable.

—¿Algo que horripile y ponga los cabellos de punta a las amas de casa norteamericanas? Les aseguro que disfrutan como locas, leyendo las crónicas negras.

Hermann esbozó una sonrisa forzada. El caso que iba a denunciar a la opinión pública era de los que más le desagradaban.

—Se trata del asesinato de una menor. La hemos encontrado en el Waldmüller Park, escondida entre unos setos.

—¿Una chica asesinada, cómo? —preguntó, rápido, el corresponsal, dejando de balancearse y centrando su atención en cuanto el policía pudiera comunicarle.

—Le han producido más de veinte tajos en el vientre, bajo vientre y muslos. Seguramente, el loco que ha cometido esta barbaridad, pues sólo puede tratarse de un demente, ha utilizado una navaja de afeitar. Un arma al alcance de todo el mundo; nadie necesita permiso para afeitarse.

—Habrá muerto en el acto, ¿no? —inquirió Stevenson, impresionado, pese a que estaba acostumbrado a sucesos de ese tipo.

—Aún no hemos recibido el informe forense, pero suponemos que ha muerto al serle seccionados los intestinos. Me gustaría tener entre mis manos al tipo que ha hecho esto para aplastarle el cráneo.

—Comparto su opinión —gruñó Stevenson, con su mal acento alemán. Pensando en su labor, inquirió a continuación—: ¿Cuántos años tenía la víctima y cómo se llamaba?

—Suponemos que dieciséis o diecisiete. En cuanto a su identidad, la ignoramos, estaba indocumentada. Los muchachos están trabajando al respecto.

—¿Qué opinión o conjeturas ha sacado del asesino?

—Puede tratarse de una venganza personal o la acción de un monomaniaco —opinó Walter Tabor.

—Yo me inclino por lo último, a juzgar por la carnicería cometida en el cuerpo de la infeliz muchacha —apuntó el comisario

Hermann.

Stevenson guardó su cuaderno y se levantó de la butaca, dando por terminada la entrevista.

—No mandaré este reportaje a los teletipos norteamericanos hasta que, por lo menos, se sepa quién es la víctima. Ahora, me voy, tengo dos plateas para la Staats oper y a una morena esperándome abajo, en el «Mercury».

—¿Acaso va a ver al *ballet* juvenil del Gran Giorgio?

—Ajá, usted lo ha dicho, y para que me considere más importante, a partir de este mismo momento, le puntualizaré que la mejor bailarina del *ballet* es mi hermana, con sólo quince años de edad.

—No me diga —se asombró el comisario.

Stevenson, muy satisfecho, explicó:

—A los trece años, Betty ganó una beca en Norteamérica para aprender *ballet* a las órdenes de Giorgio. Como ella no podía dejar mal a los suyos, ha llegado a constituirse en una de las primeras danzarinas. Cuando sea mayor, el recuerdo de la Pavlova quedará pálido a su lado. Ahora, *good-bye*, tengo prisa.

El «Mercury» de importación llamaba la atención de las personas que pasaban junto a él. Pintado en dos tonos, rojo y blanco, era tan llamativo como su dueño o la fémina que aguardaba en el interior, fumando un cigarrillo.

Stevenson descendió los peldaños rápidamente, cruzó la acera y penetró en el auto.

—Creí que no volvías nunca —se quejó la mujer, arrebujada en un abrigo de piel de foca.

El, sin mirarla, dio al contacto, y el motor se puso en marcha con apenas un siseo. Con hábil maniobra, centró el coche en la calzada, y comenzó a rodar a buena velocidad.

—No me dirás que has pasado frío; este trasto tiene una buena calefacción.

—Sí, pero para mí es más caliente cuando tú estás dentro.

Gwendolen se acercó al hombre, mimosa. El asiento era demasiado amplio, y se sentía muy sola junto a la ventanilla.

El llamativo coche se deslizó, rápido, por la Rotenturm Strasse

en dirección a la plaza donde se ubicaba la Catedral de San Esteban, la bellísima basílica gótica, símbolo de la ciudad. Siguió hasta Opernring, deteniéndose ante el majestuoso edificio de la Opera del Estado.

—Muñeca, esta noche, después de la función, pasaremos a ver a mi hermana. No vayas a decir nada inconveniente, piensa que sólo tiene quince años.

—Pues yo, a esa edad, ya conocía lo que muchos llaman «la verdad de la vida» —objetó Gwendolen, con un mohín.

Tras estacionar el vehículo, cruzaron bajo la marquesina del teatro y penetraron en él. La obra acababa de comenzar, y un silencioso acomodador les condujo a sus respectivas butacas.

En escena se representaba *El lago de los cisnes*, de Tchaikovski. Las jóvenes, con los blancos «tutús», oscilaban de un lado a otro, al compás de la música, siempre sosteniéndose sobre las puntas de sus pies.

De pronto, una figura que delataba ya a una espléndida mujercita, irrumpió en escena, evolucionando maravillosamente.

Stevenson, en tono bajo, pero que a los demás espectadores les pareció muy alto, comentó:

—¿Ves qué te decía? Mi hermana triunfará como nadie, y más, teniendo a su hermano reportero. Mañana envío una colaboración sobre Betty, de un par de páginas como mínimo.

—No está mal, pero no tardará en gustar a los hombres de otra forma más íntima.

Varios siseos les obligaron a callar.

Entre bastidores, cuantos vigilaban a las bailarinas se sintieron satisfechos. Al llegar el intermedio, los aplausos se multiplicaron, viéndose obligados a levantar el telón varias veces.

Las piernas de Betty Stevenson temblaban de emoción. Se abrazó, entusiasmada, a sus dos compañeras más amigas, por ser también becarias norteamericanas.

—¡Ha sido un éxito para ti, Betty! —exclamó Nancy, la pecosa del grupo.

—Un éxito para todas, vosotras habéis estado estupendas. Lo de esta noche hará que lluevan los contratos sobre Giorgio, y nos pasee por todo el mundo; será maravilloso.

Escenas semejantes se repitieron entre las jóvenes austríacas

pertenecientes al *ballet* que acababa de obtener un rotundo triunfo, aun estando todavía a su mitad.

—¿Os habéis fijado en si mi hermano estaba en la sala? —inquirió, ansiosa.

Nancy respondió negativamente:

—Yo no le he visto.

—Yo, sí —concretó Nathaly, con aire de suficiencia—. Y va con una morena de esas que Giorgio dice que tumban de espaldas.

Las tres muchachas rieron, con aire de complicidad.

Betty se apartó de ellas, diciendo:

—Voy un momento a los lavabos, enseguida vuelvo.

—Date prisa, va a levantarse el telón, y ya sabes cómo se pone Giorgio, si no estamos dispuestas.

—Sí, sí, vuelvo volando.

Betty corrió ágil como una gacela, hacia los aseos femeninos, sin percatarse de que unas pupilas frías y cortantes como el acero la seguían disimuladamente.

Empujó la puerta y una hilera de lavabos, con sus correspondientes espejos, quedó ante ella. A derecha e izquierda, puertas para excusados. El suelo, como las paredes, se hallaba embaldosado en blanco, y sobre él destacaban las tuberías, de cobre reluciente.

Estaba completamente sola, y notó un frío extraño en sus piernas desnudas. Se acercó al lavabo central, y colocó sus manos sudadas por el nerviosismo bajo el chorro de agua.

De súbito, un estremecimiento recorrió su espina dorsal, obligándole a levantar la cerviz. A través del espejo, vio cómo la puerta se abría lentamente.

El castañeteo de sus dientes juveniles adquirió sonoridad, al ver reflejado en el cristal a quien acababa de entrar, y que en aquel momento miraba a su alrededor, cerrando la puerta cuidadosamente.

Betty se volvió bruscamente, quedando encarada con el silencioso ser que se acercaba despacio, sin dejar de observarla con sus ojos gélidos.

—¡No, no diré nada, lo juro, lo juro! —balbució, asustada, tratando de retroceder. El lavabo de porcelana se lo impidió.

Ni una sola palabra como respuesta. Los labios que tenía ante sí

estaban cerrados, prietos, con una firme resolución tomada de antemano. Tan sólo a un metro de la bailarina, se abrió una navaja barbera, mostrando la hoja rectangular, que brilló trágicamente.

—¡No, no, no! —gritó Betty, angustiada con el pánico desbordando en todos sus movimientos.

Intentó huir haciéndose a un lado, confiando en la agilidad de sus piernas, superdotadas para la danza. Más, el ser que estaba ante ella no parecía conocer la piedad.

La hoja afiladísima efectuó un rápido zigzag a derecha e izquierda. Había violencia, sadismo, premeditación en el macabro movimiento, y el acero quedó húmedo de sangre.

Betty inició un alarido que pronto se ahogó en su garganta. Su boca se desencajó mientras llevaba sus manos al vientre, en un gesto instintivo de defensa. Las muñecas quedaron seccionadas limpiamente por los terribles cortes.

Sus piernas se doblaron y acabó desplomándose sobre un charco de sangre. Era la primera figura del *ballet* más trágico que pudiera imaginarse.

La navaja y la mano asesina estaban teñidas de rojo. Con un movimiento calculado, sin tocar absolutamente nada, se colocó bajo el chorro de agua, que diluyó la sangre hasta hacerla desaparecer.

Dio una última ojeada a la figura de Betty, vestida como un copo de nieve y con la falda manchada como si se tratara del delantal de una carnicería. Con la misma precaución utilizada al entrar, desapareció del lavabo.

## CAPÍTULO II

El público se agolpaba frente a la puerta de los lavabos femeninos. Dos agentes uniformados trataban de imponer freno a su morbosa curiosidad.

Entre los hombres y mujeres, casi todos pertenecientes a la plantilla del teatro, se abrió paso la alta figura de Robert Stevenson.

—Lo siento, no puede pasar —le cortó uno de los guardias.

—Dicen que han asesinado a una chica del *ballet*.

—Nosotros no podemos aclarar nada, tenemos órdenes del comisario Hermann.

—¿Está ahí dentro Adolph Hermann? —preguntó Robert, evidentemente nervioso. Había estado buscando a su hermana sin encontrarla, y también faltaban sus dos amigas.

El agente respondió con un movimiento afirmativo de cabeza. El norteamericano pidió:

—Avísele que está aquí Robert Stevenson.

El guardia, desconocido para el periodista, hizo un gesto despectivo, mas entreabrió la puerta e introdujo la cabeza, interpelando a su superior:

—Señor, aquí fuera hay un individuo que dice llamarse Stevenson. Parece extranjero.

—Que pase.

El agente, mirando de arriba abajo al periodista, le franqueó la entrada. Robert pasó como una exhalación al interior de la enlosada estancia.

En el centro, unas parihuelas y, sobre ellas, una sábana blanca cubriendo un cuerpo sin vida.

Stevenson se detuvo en seco, buscando, ansioso, la mirada del comisario Hermann, siempre oculta tras las enigmáticas gafas.

Había un mudo interrogante en el rostro del americano, y el policía inclinó la cabeza, desviando sus ojos.

Nathaly y Nancy estaban acompañadas de Hanelore, una mujer de unos veinticinco años, que tenía a su cargo el control de las muchachas, fuera de la escena. Unos pasos más al fondo se hallaba el maestro Giorgio, un tipo amanerado, enteco y de ostensible agilidad. A su lado, como grotesca comparación, el administrador del local, despidiendo grasa por todos sus poros.

Al verle entrar, todos quedaron en silencio, observándole.

—Comisario, ¿es, es mi hermana? —inquirió Stevenson, vacilante, con un nudo oprimiéndole la garganta.

—Lo siento. La vida siempre nos reserva sorpresas desagradables.

Como un autómatas, el periodista se acercó al cadáver. Levantó una punta de la sábana, dejando el rostro casi infantil al descubierto. En la boca de Betty había una mueca de dolor, pero los párpados cerrados semejaban proteger su sueño.

—¿Quién ha sido? —rugió Robert Stevenson, con un grito de angustia y de rabia, oprimiéndose las sienes con los puños.

—Lo averiguaremos, y le prometo que su asesino recibirá el castigo adecuado —aseguró Walter Tabor, el detective ayudante de Hermann.

—¡Era una niña, no podía haber hecho mal a nadie!

—Parece obra del mismo criminal que acabó con la chica del Parque Waldmüller; presenta los mismos signos externos que la otra. Al menos, a su hermana la hemos podido identificar inmediatamente, gracias a sus compañeras que la han reconocido y a usted, que nos acaba de dar la confirmación oficial, como pariente más próximo.

—Comisario, prométame que cuando tengan acorralado al criminal, me avisarán.

Hermann vaciló. A sus espaldas, Nancy y Nathaly sollozaban, junto a la bella Hanelore.

—No puedo prometerle nada, Stevenson, pero, si llega el caso, haré lo que esté en mi mano.

—Me basta, confío en usted.

El corresponsal cubrió el rostro frío de Betty. Los camilleros elevaron las parihuelas, sacándola de la estancia.

Hermann, previniendo el futuro de los acontecimientos, puntualizó:

—Es evidente que un maníaco ha entrado aquí esta noche, y ha cometido este atroz asesinato. La batida inicial que se ha hecho no ha dado frutos, y nadie extraño ha merodeado por los camerinos. Usted, *Herr Wolfgang*, como administrador, cuidará de entregarme los nombres de cuantos han trabajado en esta función, incluidos los acomodadores.

—Sí, sí, comisario —asintió el administrador, mientras pasaba un pañuelo por su rostro empapado de sudor.

—Usted, Giorgio, hará otro tanto con todos los miembros de su *ballet*. Deseo interrogar a las chicas, una por una; quizá de ellas saque algo en limpio.

—Sí, *signare* comisario, haré cuanto usted diga. Betty era la mía bailarina favorita, no volveré a tener otra igual —contestó el maestro, con su habitual amaneramiento, entremezclando palabras de su lengua vernácula.

Stevenson sintió una inexplicable antipatía por el director del *ballet*. Era un sujeto alto, delgado, de nariz aguileña, luciendo un bigote de regulares dimensiones. Su abundante cabello rizado se desbordaba sobre una frente más o menos estrecha, aunque lo que más le llamó la atención fue la poca distancia existente entre ambos ojos. Algo acudió a su memoria.

«En un estudio sobre asesinos famosos, leí que generalmente tenían los ojos muy cercanos el uno del otro».

El comisario Hermann le devolvió a la realidad.

—Lamento decirle que, al menos durante un par de días, su hermana deberá permanecer en el depósito para los trámites de rigor. Después, podrá escoger entre un cementerio de Viena o trasladarla a su país.

—Esto último será lo mejor —respondió Stevenson, profundamente abatido.

Alguien, al que no prestó atención, le condujo al bar, donde tomó un par de *whiskys*. Como un autómatas, salió luego a la calle, donde la vida seguía su ritmo normal.

Gwendolen no le había esperado. Miró su reloj, y exclamó para sí:

—Las tres. Y el tiempo parecía haberse detenido...

Hundió las manos en los bolsillos del abrigo y anduvo hacia el «Mercury» que le aguardaba como único amigo. Una silueta femenina destacó junto al coche.

Era una mujer de cabellos color paja cayéndole sueltos sobre los hombros. Llevaba una gabardina blanca, con el cinturón anudado a un costado, y su figura se adivinaba armoniosa.

—¿Espera a alguien? —preguntó Stevenson, al llegar a su altura, en la soledad de la acera.

—Buenas noches, *Herr* Stevenson. Buscaba un taxi, pero a estas horas creo que estoy condenada a ir a pie hasta mi apartamento.

El la miró, extrañado.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¿No recuerda, dentro de los lavabos...? Yo soy quien se ocupa de las chicas, fuera de las actuaciones, al menos me pagan para eso, y sé que nunca me va a perdonar lo ocurrido a Betty.

—Oh, no, *fraülein*... —El reportero hizo una pausa de interrogación, que la mujer captó de inmediato.

—Hanelore Pühler, y será mejor que suprima los tratamientos, aunque sé que no volverá a dirigirme la palabra, después de saber quién soy.

—Por Dios, usted no tiene culpa de nada. Si ese monstruoso asesino se había propuesto matar a mi hermana, siempre hubiera hallado una ocasión propicia. Usted no estaba obligada a seguirla, incluso a los lavabos.

—Si no me equivoco, se llama usted Robert, al menos eso había oído en labios de Betty, y creo que sería mejor que nos tuteáramos.

—De acuerdo. Vamos hasta mi coche, te llevaré a donde quieras.

Anduvieron hacia el «Mercury» rojiblanco.

—Te agradezco que no tengas animosidad contra mí, me has liberado de una culpa que comenzaba a pesarme. Nunca ha ocurrido nada con las chicas, y esta vez ha sido una desgracia demasiado grande.

—Sube, éste es mi «carro». ¿Adónde te llevo?

—Mí apartamento está en el cincuenta y dos de Tiergarten Strasse, eso cae al otro lado del canal del Danubio.

—O. K. —asintió Stevenson, desganado. En cualquier otra circunstancia, la compañía le hubiera parecido ciertamente atractiva y aprovechable. Hanelore era una de las mujeres más

hermosas que había visto en su vida.

Silencioso, el «Mercury» enfiló por la Avenida Schubert, alejándose del gran edificio del teatro. Por las calzadas apenas rodaban vehículos, y los que circulaban llevaban una buena velocidad.

—¿Vives en comunidad con las chicas?

—No, prefiero estar sola; tengo un apartamento independiente. Las chicas se alojan en la residencia de Trenquellón, que la regentan unas monjas. Por la mañana voy a buscarlas y por la noche las devuelvo. Hoy no me sentía muy bien, y se ha encargado de acompañarlas el propio Giorgio, en el autocar que tenemos para los traslados. El comisario Hermann me ha retenido para hacerme una serie de preguntas sabré la vida de las chicas, y la verdad es que no puede ser más sana. No se concibe lo que ha ocurrido esta noche.

—¿Qué tal se portaba Betty? A mí me duele lo sucedido más que a nadie y, sin embargo, me alivia recordarla como a una pequeña heroína, que ha dejado escapar el último suspiro con las zapatillas puestas. Casi me atrevería a suponer que ella lo habría deseado así.

—Betty era formidable. Giorgio es un hombre muy duro, en cuanto a lo artístico se refiere, y sólo puedo decirte que había pasado a ser su favorita.

—No me ha caído simpático ese sujeto —rezongó Robert, con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—No sé, es algo que nace al primer contacto, y luego es difícil borrarlo. Han asesinado a mi hermana.

—¿Y vas a sospechar de todos? —inquirió Hanelore, clavando sus ojos verdosos en la barba espesa que cubría las mejillas varoniles.

Stevenson no respondió; sonrió con tristeza mientras atravesaban el caudaloso canal, por el Rotundenbrücke. Una vez al otro lado, no tardó en encontrar la calle Tiergarten, deteniéndose ante el número 52.

Era un edificio oscuro, quizá por la distancia existente entre las farolas callejeras. Ambos se apearon y penetraron en el portal, subiendo hasta el segundo piso.

Ella introdujo la llave en la cerradura de la puerta B, y la hoja de madera cedió.

—Buenas noches, Hanelore, espero que volvamos a vernos. Cuando esté más sereno, me gustará charlar contigo.

—Podemos hacerlo ahora. La noche no ha llegado a su fin, y yo también me siento sola —puntualizó la mujer, con un susurro lleno de calor.

El quedó en silencio, observando la atractiva figura que, a pesar de la gabardina, traslucía la firmeza del busto.

—No, creo que esta noche sería un mal compañero.

Sin añadir más, dio media vuelta, alejándose con paso lento.

## CAPÍTULO III

Stevenson daba vueltas en el lecho. Intentó esconder la cabeza bajo la almohada, y acabó tirándola lejos de sí. Con súbita reacción, se aplastó las sienes con las palmas de ambas manos.

—Uf, qué dolor, ni que tuviera una granada dentro del cráneo.

En el suelo, había una botella de *whisky* vacía. Se levantó y fue directo al cuarto de baño, colocándose bajo el frío dardo de la ducha.

Media hora más tarde, regresó al cuarto. Se calzó unos pantalones y se enfrentó con el ventanal para subir la persiana. Un brutal chorro de luz le hizo parpadear. Tenía el sol delante y, por su altura, dedujo que ya era tarde.

Buscó el reloj, y comprobó que era ya la una del mediodía. El alcohol le había hecho olvidar la trágica noche vivida, hudiéndole en un desagradable sopor.

«Veremos si Hermann ha adelantado en las pesquisas», pensó, cuando un ligero ruido llamó su atención.

Volvió su mirada hacia la puerta, y observó que por la ranura inferior era introducido un papel doblado.

Con los calcetines por todo calzado, se aproximó, inclinándose para recoger la inesperada misiva. La desdobló y, en letra de imprenta, con bolígrafo, habían escrito:

**«OLVIDESE DE BETTY Y LARGUESE CUANTO ANTES DE VIENA, SI NO  
QUIERE PASARLO MAL».**

Una raya subrayaba las palabras, sustituyendo a la firma.

—¡El tipo ese está ahí afuera! —exclamó, sorprendido ante la temeridad del asesino.

Sin dudarlo ni entretenerse un instante, salió a la escalera, como impulsado por una catapulta.

El rellano del piso octavo, donde se ubicaba su apartamento, se hallaba completamente vacío. En dos zancadas se acercó a la baranda que daba al hueco central del edificio, y no tardó en descubrir algo que le intrigó.

Un individuo con aspecto de mendigo, con la cabeza cubierta con un sombrero de fieltro oscuro y raído por el tiempo se apoyaba en un bastón blanco, que denunciaba falta de visión. Bajaba lentamente, cogido a la barandilla.

—¡Eh, usted! —le gritó Robert para atraer su atención.

Nadie más descendía por la escalera, y el asesino no podía haber dado un salto en el vacío.

Instintivamente, el desconocido giró la cabeza. Sus ojos, ocultos tras unas gafas casi negras, semejaron observarle un momento. Reaccionando súbitamente, comenzó a bajar con rapidez inusitada, olvidando el pasamanos y el refuerzo del bastón. Stevenson comprendió, y corrió en su persecución.

La fortaleza física del periodista, amén de sus largas piernas, que le permitían grandes zancadas, se pusieron en evidencia. El mendigo miró hacia arriba, asustado; vio que la distancia disminuía, y comprendió que antes de llegar al cuarto piso sería alcanzado.

El hombre comprendió que estaba perdido. A pesar de no ser ciego, como pretendía simular, su inferioridad física era manifiesta, comparada con el norteamericano, y se inclinó por una estratagema.

Robert, lanzado vertiginosamente, persiguió al extraño personaje, sin advertir que los pasos de éste se habían detenido.

El mendigo, jadeante, se aplastó contra una puerta del piso cuarto, donde el largo rellano formaba recovecos sumidos en penumbra. Las gafas negras no permitían ver sus pupilas oscilantes. Un sudor frío le bañaba el rostro, por la angustia del momento, como una fina ducha que fluyera del sombrero raído deslizándose por la cara.

Dio la vuelta al bastón pintado de blanco, y lo empuñó por su parte inferior. La curvatura del mango quedó inclinada hacia el suelo.

Su corazón se aceleró, pegando fuertes golpes que él mismo escuchaba e, inconscientemente, temió que llegaran a delatarle. De no ser porque oía el alocado descenso del yanqui, muy cerca de él, se habría dejado caer sentado al suelo, y enjugaría su espasmódico sudor con el pañuelo.

Lanzó la empuñadura del bastón hacia adelante y como era su deseo, la clavó en el tobillo del joven. Éste, lanzado por su propio impulso, dio una vuelta de campana, produciendo un ruido sordo al chocar su brazo y su costado contra el frío suelo.

Lo primero que habían enseñado a Stevenson, cuando aprendió Judo en Cleveland, fue a caer bien, evitando así posibles roturas de huesos. Al transcurrir los años, aquella lección le salvó de partirse el cráneo.

El mendigo quedó indeciso. Esperaba lo peor para el americano, y su sorpresa fue mayúscula al comprobar que éste se rehacía rápidamente de la caída y, como única secuela, mostraba la piel enrojecida en la zona dañada.

Robert Stevenson sonrió, triunfal, y quedó frente a su atacante, cerrándole el descenso.

—Ahora me vas a explicar unas cuantas cosas —silabeó en su alemán de raro acento—. De lo contrario, te tiraré de la lengua hasta arrancártela.

El falso ciego tembló, viéndose perdido. Levantó su bastón amenazadoramente y, de súbito, corrió escaleras arriba como una rata acosada.

—¡No escaparás!

Robert inició la persecución. Los escalones pasaron, raudos, bajo sus pies, de tres en tres.

Al llegar al descansillo, entre la quinta y sexta planta, logró agarrar por la chaqueta al escurridizo individuo, que empezó a gritar:

—¡Suélteme, yo no sé nada!

—¿No? ¡Pues voy a refrescarte la memoria!

Antes de que consiguiera sujetarlo mejor, el tipo volteó el bastón como un molinete. Intentó alcanzar la cabeza del joven, cosa que no logró por menos de un centímetro.

—Conque ésas tenemos, ¿eh, bribón? ¡Ya te enseñaré yo cómo se pega!

Stevenson lanzó sus manos hacia arriba, y atenazó la muñeca de su enemigo. En un movimiento seco, la dobló en dos sentidos opuestos, y el bastón salió despedido por el aire, yendo a parar al rellano inferior.

Sin soltarlo, sujetó con su diestra las solapas de la raída chaqueta, y lo zarandeó.

—¡Tú has asesinado a mi hermana, confiesa!

—¡No, no, yo no he matado a nadie, se lo juro, no he matado a nadie! —balbució sudoroso y babeante por el pánico.

—¿Y quién, si no? ¡Hace un momento me has largado ese sucio papel, amenazándome para que me fuera de Viena!

—¡Yo no he amenazado nunca, me está atropellando, y no puede pegarme, soy un inválido!

—Sí, inválido, ciego total, por eso no ves dónde metes tu garrote para que yo me parta la crisma.

Soltó las solapas que utilizara para zarandear al mendigo, y le disparó un directo corto al estómago y dos consecutivos al hígado.

El hombre palideció intensamente. El sudor semejó helarse sobre su piel, y abrió la boca con un gesto de espasmo.

—¡Vamos, suelta la lengua o te haré escupir los intestinos!

—¡Yo no sabía nada, se lo juro por mi madre, no sabía nada!

—¿Por qué has metido esa nota por debajo de mi puerta?

—Me han dado unos billetes por hacerlo, era un trabajo fácil... Yo no sabía nada de su hermana.

—¿Quién te ha pagado y dónde lo ha hecho? ¡Rápido!

—Vendo tabaco y cerillas en la puerta del Skorpion Club, y hago algunos favores para ir tirando; los extras no van mal.

—¿Por qué te escondes tras esas gafas, si no eres ciego?

—Así me dan más propinas.

—Ahora dime quién te ha entregado el mensaje.

—Un tipo que siempre está en el Skorpion, pero yo no sé quién es.

—Dime quién es ese individuo o te vas a enterar, por propia experiencia, de cuál es el método más directo para bajar cinco pisos.

Stevenson tensó sus bíceps. Demostrando la poderosa fuerza encerrada en ellos, empujó lentamente al falso mendigo hasta obligarlo a doblar la espalda sobre la barandilla. Colocó su cabeza y

tronco sobre el vacío; de soltarlo en aquel momento, se precipitaría al fondo sin remedio.

El falso ciego miró hacia abajo, y un temblor convulsivo le dominó. Sus dientes entrechocaron, y trató desesperadamente de agarrarse al torso desnudo del americano.

—Mi hermana, sólo con quince años, murió ayer noche, asesinada. Confiesa quién te ha dado el encargo o te suelto para que compruebes que ella no ha ido al infierno como tú.

—¡No, no! ¡Ha sido un sujeto al que le gustan mucho las faldas, no sé su nombre, pero le juro que se lo señalaré!

—Sí, y todo esto se lo contarás al comisario para que te empapele, por complicidad homicida.

Antes de que Robert pusiera al aterrorizado vendedor de cerillas en la seguridad del descansillo, se abrió la puerta del piso superior, y asomó una mujer cincuentona. Al ver a los dos hombres en actitud de lucha, y a uno casi a punto de precipitarse al vacío, soltó un alarido que hizo vibrar hasta los cimientos del edificio.

Stevenson alzó su cabeza hacia la histérica vecina, momento que el falso ciego aprovechó para abalanzarse y quedar sobre la escalera por sus propios medios. Rabioso, aplastó con el tacón los dedos del pie izquierdo de Robert, sólo cubiertos por la tela del calcetín.

—¡Maldito! —masculló el joven, furioso, doliéndose por el castigo.

Hizo un rápido movimiento para alcanzarlo con sus manos, pero el mensajero se lanzó escaleras abajo como si el mismo diablo se hubiera pegado a sus talones.

—¡Es inútil, no escaparás! —rugió el norteamericano, corriendo tras él.

Multitud de apartamentos fueron abriendo sus puertas, alarmados por los gritos de la mujer cincuentona. Ya eran más de una docena de curiosos los que presenciaban la escena.

De pronto, uno de los pies del mendigo, al iniciar el descenso de la cuarta planta, tropezó con su propio bastón, caído anteriormente. En vez de ceder hacia adelante, éste se cruzó en los hierros de la baranda, constituyendo un firme obstáculo, bajo el que quedó la punta del zapato.

El hampón se precipitó con los brazos extendidos, desgarrando el aire con un alarido de terror.

Cuantos se hallaban en la escalera, con los nervios en tensión, vieron como el individuo daba una voltereta en el aire y caía de cabeza contra la pared del descansillo, quedando quieto repentinamente.

Robert corrió hacia el cuerpo inmóvil. Al llegar junto a él, le quitó las gafas con cuidado. La tragedia se hizo patente en aquellos ojos vidriados.

## CAPÍTULO IV

«¿QUIEN SERA LA PROXIMA VICTIMA DEL ASESINO DE LA NAVAJA? ¿QUE MUCHACHA ADOLESCENTE CONOCERA EL IMPULSO MANIACO DEL ASESINO? ¿CAERA OTRA JOVEN DEL *BALLET* DEL GRAN GIORGIO?».

—Con estos titulares de primera página, las chicas de Viena, y en especial las que están bajo mi custodia, se asustarán —se quejó Hanelore Pühler, mirando a Robert por encima del periódico.

Se hallaban en el aeropuerto, donde el americano acababa de completar los trámites para la extradición de los restos mortales de Betty, que yacía en un doble ataúd, que había sido cargado en el DC-8.

El reactor iba a ponerse en marcha inmediatamente, rumbo a Estados Unidos.

—Sí, parece que la prensa austríaca desea emular a la norteamericana. En todo el mundo gozamos fama de sensacionalistas, pero los demás países no nos van a la zaga.

—A ti todo esto ha de dolerte más que a nadie, aunque eres reportero y lo comprendes —indicó la mujer, arrojando el diario sobre la mesita de revistas—. ¿Cómo piensas que debe ser el asesino?

—Lo ignoro, pero seguro que es un perturbado mental. Entre la muchacha que hallaron en el parque y mi hermana no existía ninguna conexión. Temo por las otras chicas del *ballet*. Si ha podido introducirse en los camerinos y bastidores, sin hacerse notar, será muy peligroso. Se encasquetó el llamativo sombrero tirolés, que daba una nota de color. En aquellos instantes no la deseaba, aunque

tampoco era partidario del luto en la indumentaria.

El potente silbido de los cuatro reactores del DC-8,

que se hallaba en pista, les atrajo como un imán hacia las cristaleras que cerraban el gran vestíbulo del aeropuerto de Schwechat.

Ambos miraron la aeronave que comenzaba a avanzar. Su velocidad aumentó por segundos, mientras despedía los gases de la reacción del combustible. Luego, el reactor se lanzó al cielo como un pájaro majestuoso.

El cielo comenzaba a oscurecer; era el final del día y el principio del reino de la noche.

—He vivido mucha tristeza estos tres días. Las mismas chicas me han recordado a cada momento la tragedia y ahora deseo expansionarme un poco. ¿Puedes llevarme con tu coche hasta el Skorpion Club?

—¿Al Skorpion Club? —repitió Robert, sorprendido, achicando sus ojos.

—Es un club de bohemios, casi todos los que nos dejamos caer por él pertenecemos al mundo de la farándula, y la mayoría nos conocemos. No es preciso que entres, si no te apetece. Conque me dejes en la puerta es suficiente.

—No, no, podemos ir.

La joven le miró con sus ojos verde claro de una forma muy intensa, sonrió, y juntos anduvieron hacia el exterior, en busca del «Mercury».

El llamativo automóvil se deslizó silencioso por la ciudad, cruzándola por entero. Los altos edificios destacaban con sus cúpulas puntiagudas, brotando por encima de los neones encendidos, como fantasmas espectrales.

Stevenson viró, enfilando por Gumpendorfer Strasse. Dejó la margen del canal a su izquierda y, siguiendo las indicaciones de la muchacha, aparcó en Biber Strasse, cerca del Skorpion Club.

—Creo que anteriormente había pasado por este antro, aunque no le había prestado atención —dijo Robert.

—Si intimas con sus clientes habituales verás cómo te agrada. Algunos de los amigos tardan más de un año en volver, pero después explican sus grandezas, que generalmente esconden tras sí estrepitosos fracasos.

—Entremos. Será curioso conocerlos en vuestra propia «salsa».

Se apearon del coche, dirigiendo sus pasos hacia la espectacular decoración que servía de puerta al no menos extraño club.

Un gigantesco escorpión estaba pegado sobre una cristalera, de corte irregular y multicolor, predominando los rojos, azules oscuros y negros. El arácnido, negro y repulsivo a la vez, semejaba apoyarse con sus tenazas sobre el suelo, y en su coselete y cabeza se abría una puerta estrecha, iluminada por la luz roja, situada en el agujón encorvado.

Hanelore fue la primera en atravesar el caparazón del representativo signo del zodiaco. Robert la siguió y, segundos después, quedaban inmersos en una atmósfera densa y con fuerte olor a tabaco.

—Mira, allí hay un sitio —señaló la mujer.

Ambos se dirigieron a él, en medio del gran desorden que reinaba, en cuanto a posición de sillas y mesas se refería.

Mientras avanzaba, Hanelore saludó a varios conocidos. Se sentaron y Robert se fijó en el cuarteto que, en un rincón de la sala, dejaba escapar su música de *jazz*. El contrabajo, la batería y el piano quedaban un tanto apagados, ante el solo estridente de la trompeta.

—¿Qué te parece nuestro club? —preguntó la chica.

—Es lo que diríamos la bohemia moderna, *jazz* importado de Norteamérica. ¿Qué quieres tomar?

—Un *gin* con martini seco.

Robert pidió la consumición doble y después charlaron de los aspectos generales del local.

Las pupilas del hombre, de ordinario risueñas, escudriñaban minuciosamente a los concurrentes. Los altos taburetes de la barra estaban atestados de hombres y mujeres, indistintamente.

La voz de Hanelore, que durante unos momentos había permanecido en silencio, le sacó de su atenta observación.

—¿Bailamos? Toca un *blues*.

—Sí, cómo no.

Bajaron a la reducida pista, donde se abrazaron estrechamente. El golpear rítmico de la batería guió sus pies.

—Debes de pensar que soy un grosero —comentó Robert.

—¿Por qué?

—No te presto toda la atención que merece un encanto como tú.

—Por favor... Las mujeres somos vanidosas de nuestro natural y si nos dicen palabras como éstas nos ponemos insoportables.

Mimosa, descansó su mejilla en el cuello del hombre y éste notó la suavidad del cabello femenino. Un lazo invisible comenzaba a unirlos.

Sin cejar en su discreta vigilancia, Stevenson descubrió una puerta disimulada en un rincón, y custodiada por un individuo malcarado. A ambos lados había otras dos puertas de lavabos, que no eran visibles desde la mesa que ocupaban Robert se congratuló de ello; no deseaba meter a la joven en un desagradable lío, durante la investigación que pensaba realizar.

Hanelore elevó el rostro, encarándose con él. Robert vio sus párpados semicerrados y la besó en los labios sin poner pasión en la caricia; estaba preocupado en sus propias deducciones. Al acompañar a Hanelore sólo le había guiado el deseo de husmear en el club.

—Estás muy pensativo, ¿recuerdas a Betty?

Stevenson esbozó un gesto ambiguo. Dio una ojeada a la mesa, y dijo:

—Ya nos han servido. Si no te importa, sentémonos un poco, tengo la lengua reseca.

—De acuerdo —aceptó ella, sin entusiasmo, molesta porque los brazos musculosos del reportero dejaron de abrazarla.

En el camino hacia la mesa, Robert captó una circunstancia que le incitó a actuar. El individuo que parecía custodiar la puerta había sido llamado al teléfono junto a la barra. Por unos minutos, quizá sólo segundos, tenía el campo libre.

—Disculpa un momento —dijo, rápido.

—Te espero en la mesa —contestó Hanelore, sin cesar en su avance. Varias miradas masculinas se clavaron en su figura ondulante y espléndida, de nalgas redondas y firmes.

El periodista se dirigió a los lavabos, más al llegar ante ellos, giró sobre sus talones. En un abrir y cerrar de ojos, dio vuelta al diminuto pomo de la puerta empapelada con el mismo papel que cubría la pared. Como una exhalación, desapareció tras ella, cerrando a su espalda.

Anduvo despacio por un pasillo angosto, en el que se abrían

puertas a ambos lados. Tras ellas, risas de hombres y mujeres.

«Quizá sólo sea un prostíbulo escondido», se dijo.

El corredor se hallaba sumido en una oscuridad casi completa. Contó hasta un total de veinticuatro reservados. Sin pensarlo un momento, su diestra se aferró al pomo de una puerta y la abrió.

Quedó en una habitación carente de ventanas y en penumbra. Sobre una mesa sujeta a la pared había dos botellas y unos vasos derribados. Frente a ésta, un sofá largo. La estancia apenas tendría un metro y medio de ancho por dos de largo.

—Eh, amigo, ¿quieres un trago? —le invitó una voz que, de tan bronca y cascada, no parecía brotar de una garganta femenina.

Observó durante unos instantes a la mujer acurrucada sobre el diván, con los pies descalzos. Tenía los ojos excesivamente enrojecidos y saltones. Sus labios estaban llenos de saliva que no podía contener, y todo su cuerpo era sacudido por un temblor convulsivo. Stevenson no le contestó.

—¡Fritz, despierta! Este tipo quiere raptarme para gozar de mí, mientras tú duermes... —exclamó aquella mujer de risa obsesionada, mientras daba un talonazo en el costado de su acompañante.

Éste, sentado en el sofá, dormía con la cabeza y los brazos inertes sobre la mesa. Su cuerpo sufría contracciones espasmódicas, y había un vómito de sangre encima del tablero, frente a su boca entreabierta.

—Aquí vienen a drogarse, a convertirse en guiñapos —gruñó Robert, comprendiendo.

Cerró la puerta, apartándose de una visión tan desagradable. Caminó hasta el final del pasillo, donde descubrió otra puerta distinta, cerrada con llave. Se inclinó para mirar por el hueco de la cerradura y vio algo que no le sorprendió.

—Un callejón solitario, ésta debe ser la salida de emergencia.

Volvió sobre sus pasos y, cuando llegaba a la puerta que le separaba de la sala general, oyó los agudos del trompetista de *jazz*. Poniendo naturalidad en todos sus movimientos, hizo girar el pomo interior.

El sujeto malcarado, que fuera requerido anteriormente, se hallaba de nuevo en su lugar de custodia. Entre intrigado y sorprendido, miró al joven que pasaba ante él como si nada

ocurriera. La naturalidad del reportero logró desconcertarle.

Al llegar a la mesa, Stevenson observó con desagrado que Giorgio, el maestro del *ballet*, estaba sentado junto a Hanelore y charlaba animadamente con ella. Su cabeza pequeña y su rostro anguloso, de ojos excesivamente juntos, le repelían, mas no deseando que su comportamiento pudiera ser calificado de grosero, decidió disimular.

—Andaba copeando con unos amigos y al ver sola a Hanelore no he podido por menos que venir a hacerle compañía —explicó Giorgio—, aunque sé de antemano que está harta de mí. Tiene que soportarme muchas horas en el escenario.

—Por favor, Robert va a formar una mala impresión de ti.

En aquellos instantes, los ojos de una máscara africana colgada de una pared semejaron revivir, y observaron, atentos, cuanto sucedía en la sala.

Al otro lado del tabique se hallaba un individuo totalmente calvo y, a su espalda, dos matones de profesión, altos y de rostro aplastado.

—Ese tipo está con Hanelore y Giorgio. No me gusta que venga por aquí —masculló Otto Kakerlak, propietario del Skorpion, encarándose con sus secuaces.

Su cuerpo ventrudo, grasiento, se balanceaba sobre las piernas, muy delgadas. Las perneras del pantalón parecían delatar que no había más que huesos en su interior. Dio una chupada al cigarrillo y, sin dejar de mirar la ceniza blanca, siseó:

—Por la muerte de aquel estúpido, e inducida por ese maldito yanqui, ayer se presentó aquí la policía. Preveo que nos va a crear muchos problemas, si no le cerramos el pico.

—¿Lo calentamos? —inquirió uno de los matones, que se distinguía por su nariz llamativamente rota.

Kakerlak, señalándole con el cigarro, asintió.

—Veo que todavía tienes algo de seso, Hans. Si este tipo molesta demasiado, habrá que liquidarlo. De momento, lo contentaremos con una paliza. Si sigue terco, él se lo habrá buscado. La policía no encontró nada anormal, y él pretende ser más listo que ellos. Tenemos que demostrarle que no lo es tanto.

—Vamos abajo y le damos la paliza —propuso el otro hampón.

El jefe le atajó, algo nervioso:

—No seas estúpido, Karl, dentro del club no quiero líos. Esperaréis a que salga a la calle y entonces, le demostráis la dureza de vuestras porras. Ese tipo parece duro de pelar.

—Descuida, no dejaremos que el yanqui nos caliente —dijo Hans, suficiente.

—Ya conocéis mis órdenes, no quiero que os metáis en jaleos. Tengo alergia a la policía. ¡Largaos!

Sin más, Kakerlak dio la espalda a sus secuaces, y volvió a clavar sus ojos en el hueco de la pared, prolongando su mirada a través de la máscara africana.

## CAPÍTULO V

Hacía rato que el maestro Giorgio había abandonado la mesa ocupada por la pareja. Los dos hombres no simpatizaban. Los amaneramientos, amenizados con vocablos en italiano del bailarín, desagradaban a Stevenson que, al fin, consiguió congelar la conversación.

—Robert, ¿te parece que nos vayamos? —propuso Hanelore.

—Sí, he llevado mucho ajeteo estos días y no me vendrá mal un buen sueño —respondió, vaciando el último trago de su *gin* con martini.

Sobre la mesa quedó el pago de la consumición, y ambos abandonaron el club que, bajo la pantalla de la vida bohemia, ocultaba un verdadero nido de depravación.

El americano levantó el cuello de su abrigo canela y la mujer hizo otro tanto con su gabardina. Viena, en invierno, hacía penetrar hasta los huesos el rigor del frío. Las cadenas montañosas cercanas a la urbe permanecían eternamente blancas.

—Vamos al «carro», te llevaré a tu apartamento —dijo él.

Hanelore aceptó con una sonrisa. Stevenson introdujo el llavín en la cerradura y lo hizo girar. La portezuela se abrió con suave tirón.

—Pasa —indicó.

La mujer obedeció y, de improviso, un sujeto apareció en la acera, advirtiéndolo con tono imperativo:

—Eh, amigo, no tan aprisa.

El reportero le miró y, de inmediato, captó un bulto significativo en el bolsillo de su gabán.

—Robert, ¿qué sucede? —inquirió la joven, estirando el cuello para ver lo que ocurría en la calle.

Robert Stevenson quedó dubitativo un momento ante aquel desconocido que le amenazaba, y no con muy buenas intenciones. Ladeó la cara y vio que otro individuo similar al primero se le acercaba por la espalda. Salvo ellos, no había nadie más en la acera, la calle estaba desierta.

Muy cerca, el canal murmuraba al rozar con sus aguas los muros pétreos que el pueblo vienés había colocado en sus márgenes.

—Si no quieres que te pintemos unas rosetas en las tripas, no te pongas tonto. Y tú, muñeca, si no quieres arrepentirte, estate quietecita dentro del coche —puntualizó Karl.

Hans se situó casi pegado a la espalda del americano.

—Me parece que os confundís —objetó Stevenson, como no dando importancia al asalto—. Llevo poco dinero encima.

—No nos interesa tu dinero y seguro que no nos hemos confundido, tu estampa se advierte entre un millón. Además, a la legua se ve que eres un sucio americano.

Karl adelantó un paso y sus pupilas se achicaron. El joven supuso que otro tanto sucedería con el tipo que se mantenía tras él.

Casi sin proponérselo, sus nervios y músculos se tensaron, dispuestos a saltar como un muelle; sin embargo, en su apariencia externa continuaba tranquilo.

—¿Os envía el sátiro asesino o acaso hacéis el feo entre los dos?

Karl esbozó una mueca de desagrado. Su rostro aplastado se oscureció. Lentamente, sacó del bolsillo del gabán la mano que había mantenido oculta hasta aquel momento. No empuñaba un arma de fuego, como supusiera Stevenson; los dedos cuadrados y nudosos aferraban, firmes, una porra de plomo acauchutado y de pequeñas dimensiones.

—¡Vamos, Hans, hay que demostrarle que no nos gustan los aficionados a sabueso!

Antes de que el hampón pudiera secundar la iniciativa de Karl, Robert reaccionó al darse cuenta de que no corría peligro de ser acribillado, ya que sus adversarios sólo se proponían darle una paliza.

—¡Esto es para ti! —exclamó, comenzando él mismo la pelea, adelantándose a los acontecimientos.

Su primera reacción fue proyectar el pie derecho hacia atrás, doblando al máximo la rodilla. En décimas de segundo,

sorprendiendo a Hans, que estaba a su espalda, le apoyó sobre el vientre la suela del zapato. De inmediato, descansó todo el peso de su cuerpo sobre el pie izquierdo, y disparó los músculos de la pierna, tensos hasta aquel momento.

—¡Dale a este maldito! —masculló Hans, apretando luego las mandíbulas con un gesto de dolor.

El inesperado empujón le derribó. Vaciló, intentó recobrar el equilibrio, mas se desplomó aparatosamente de espaldas contra el enlosado de la acera.

—¡No es tan fácil vapulearme! —rugió Robert.

Más, no resultaba fácil sorprender ni amilanar a aquellos matones muy duchos en las peleas. Temían más a las represalias del calvo y ventrudo Otto Kakerlak.

Karl sonrió triunfal y descargó la porra pequeña pero rabiosamente dura sobre el cráneo de Robert. Su propósito era dejarle sin sentido y ensañarse luego con él.

Stevenson ladeó la cabeza, esquivando el golpe en el cráneo, pero la goma maciza de plomo cayó brutal sobre su clavícula, haciéndole encogerse al tiempo que lanzaba un gruñido de dolor.

—¡Ahora te enseñaremos cómo baila un pelele! —rezongó Karl, dando por terminada la resistencia de la víctima elegida por el propietario del Skorpion, que mostraba su agujón encendido en rojo a menos de diez pasos de donde se desarrollaba la pelea.

Hanelore, dentro del auto, gritó furiosa:

—¡No le peguéis, no le peguéis!

—Tú cierra el pico, muñeca, y mete la cabecita dentro si no quieres que te la estropeemos —gruñó Hans de evidente mal humor. Se levantó del suelo, agarrotando sus dedos alrededor de la porra.

Cuando Karl se disponía a castigar nuevamente al periodista, recibió una desagradable sorpresa. Su estómago encajó un *crochet* y dos directos consecutivos. A pesar de la defensa que representaba el gabán para su cuerpo, abrió la boca, falto de aire.

Por último, Stevenson incrustó un directo contra el rostro de su enemigo, aplastándoselo aún más y obligándole a elevarse sobre las puntas de sus pies para caer luego como una res apuntillada.

—¡Dales duro, Robert! —animó la chica, admirada ante la fortaleza y habilidad del norteamericano.

Hans, dándose cuenta del mal cariz que para ellos tomaba la

pelea, aceleró sus movimientos. Antes de que el corresponsal lograra volverse de espaldas para encararse con él, descargó la porra sujeta a su muñeca por una tira de cuero.

El plomo recubierto de caucho cayó sobre la base del cuello, en su unión con la clavícula. El joven quedó inmóvil durante unos segundos, se puso lívido y su cara reflejó un gesto de dolor que Hanelore contempló apretando sus puños menudos y cuidados.

Hans no perdió tiempo, debía aprovechar la ventaja ganada.

De un manotazo derribó el sombrero tirolés que cubría la cabeza de Robert, y la dejó al descubierto. Después le propinó un nuevo y no menos fuerte porrazo sobre la nuca.

—¡Ahora sabrás cómo se recibe una paliza! —rió, sarcástico.

Impidió que Stevenson se desplomara sobre la acera, sujetándolo por la parte posterior del cuello del abrigo. De esta forma lo mantuvo en pie, aunque con las rodillas dobladas, incapaces de sostenerle.

—¡Hans, aguántalo un poco! ¡Tenía ganas de ejercitarme con un buen *sparring*!

—¡Dejadle, no podéis pegarle sin que pueda defenderse! —exclamó Hanelore.

Karl, implacable, rencoroso por los golpes recibidos a manos del americano, guardó la porra en su bolsillo y se dispuso a castigarle con sus puños cuadrados, velludos y terriblemente macizos.

Los impactos fueron breves, pero dolorosamente eficaces. La dureza y tenacidad de los ganchos del ex boxeador aplastaron diversas regiones del cuerpo de Robert, que encajó los golpes con sordos gemidos, incapaz de reaccionar. Un hilillo de sangre empapaba sus cabellos, a la altura de la nuca.

Su cara quedó perfectamente visible para la mujer que vio su aspecto sanguinolento, los labios cortados y las moraduras que no tardarían en hincharse.

Dando por terminada la paliza, Hans lo soltó. Stevenson se desplomó como un muñeco inarticulado.

—Como recuerdo ya tiene suficiente —masculó.

—Sí, vamos, y si trata de buscar camorra otra vez, peor para él. Al cementerio de Viena nadie le traerá flores.

Obedeciendo a un impulso caprichoso, Hans colocó el pie sobre el sombrero tirolés y lo aplastó con su peso de gigante. Karl se

volvió hacia Hanelore para advertirle:

—Es conveniente que digas a tu amigo que, si es modosito, no se buscará complicaciones.

—¡Brutos! —les increpó ella, iracunda.

Los dos hombres, riendo, se alejaron, adentrándose por un callejón lateral.

La mujer saltó a la acera y corrió hacia Stevenson.

—¡Robert, Robert, qué cara te han puesto!

—Hanelore, ¿eres tú? ¿Dónde están esos tipos? Todavía no han acabado conmigo —balbució quedo, entreabriendo los párpados.

Ella, condolida, se mordió los labios. Tomó entre sus manos la cabeza varonil y acarició suavemente la barba del hombre.

—¿Podrás levantarte? Procura hacer un esfuerzo y yo te ayudaré a entrar en el coche.

El no respondió. Penosamente, intentó levantarse. Sus dientes crujieron y los nudillos de sus puños blanquearon al apoyarse en el suelo.

—¡Animo, ya falta poco! Conque te dejes caer en el asiento bastará.

Hanelore pasó sus manos bajo las axilas de Robert, y le ayudó en la medida de sus fuerzas, consiguiendo acomodarle sobre el asiento delantero. Cerró la puerta y rodeó el automóvil, poniéndose al volante.

El coche se puso en marcha. Robert, mirando a la mujer, preocupada por la maniobra de desplazamiento hacia el centro de la calzada, inquirió:

—Me han pegado mucho, ¿verdad?

—Un poco —respondió lacónica, tratando de sonreír.

Robert cerró los ojos y el auto rodó por las solitarias calles de Viena. El intenso frío encerraba a sus habitantes en sus respectivas casas.

Tras aclimatarse a los mandos del «Mercury» americano, Hanelore condujo con pericia, bordeando la margen del canal del Danubio. Cruzó el puente de Aspern y enfiló por la calzada amplia y expedita de obstáculos de la Donau Strasse.

Al llegar al oscuro edificio de la Tiergarten Strasse, detuvo el vehículo. Miró al hombre y su intensa palidez le hizo temer lo peor. Trató de ahogar una exclamación, pero ésta, escapó de sus labios.

## CAPÍTULO VI

Al escuchar la exclamación de horror, Stevenson levantó los párpados con ostensible esfuerzo y trató de sonreír.

—¡Qué susto me has dado, Robert, temí lo peor!

—No es tan fácil liquidarme, querida, ya te irás dando cuenta. Lo que me hace falta ahora es un buen baño caliente y unas compresas en la cara.

—Vamos a mi apartamento, allí te repondrás. ¿Puedes subir las escaleras?

—Creo que sí, lo peor ya ha pasado.

Se apearon del «Mercury» y la joven le dio el brazo. El caminar del hombre era vacilante, mas había recobrado la fuerza de sus músculos, perdida momentáneamente a causa del duro castigo del que fuera objeto.

Penetraron en la escalera y, ayudados por el pasamanos, subieron hasta el apartamento de Hanelore, cuya puerta franqueó rápidamente.

Pasaron al interior de la vivienda, amueblada con sobriedad y compuesta por un *living* de reducido tamaño, dormitorio con cuarto de aseo y una cocina. Hanelore colocó un butacón ante el hombre y dijo:

—Siéntate y toma unos *whiskies*, mientras te preparo el baño.

El corresponsal contempló brevemente el rostro atractivo de la joven, enmarcado por el cabello suelto, con ligero desorden. Su tonalidad paja era muy agradable.

—No sé si es porque esos brutos me han aligerado las ideas, pero cada vez te encuentro más bonita —suspiró.

—Pues tú no has mejorado demasiado; mira qué cara tienes.

Sonriendo, Hanelore puso un espejo pequeño frente a su rostro.

Stevenson hizo una mueca de desagrado y apartó el cristal con la mano, dejándose caer sobre el sillón de cuero, que se hundió bajo su peso.

—Qué susto —murmuró bromista—. Además, estoy muy feo sin mi sombrero. ¿Dónde está?

—No me he acordado de recogerlo, aunque tampoco merecía la pena. Uno de aquellos gorilas lo ha pisado expresamente.

—Ya le pisaré yo las entrañas cuando pueda.

—Olvídate de ellos; ya has visto lo que te ha sucedido esta noche y, antes de irse, han advertido que si les molestas te enviarán al cementerio. No creo que desees ir a hacer entrevistas a los muertos.

—No es mala idea. Sería un reportaje sensacional y me lo pagarían a precio de oro.

—O te encerrarían en un manicomio.

Hanelore se acercó al mueble bar y sacó una botella de *whisky* y dos vasos de cristal rojo. Vertió el licor, llenando más el vaso del hombre.

—A tu salud, bella austríaca, porque tengas muchos *bables*.

—¿Qué dices? —inquirió, sorprendida.

El hizo un gesto ambiguo y aclaró:

—Pues, que tengas muchos niños, tienes unos biberones excelentes para alimentarlos. En Ohio, mi tierra, muchas mujeres se alegran por un brindis como éste.

—Serán las casadas, yo todavía estoy soltera.

Hanelore depositó su vaso ahora vacío sobre la mesita de patas bajas y abandonó el *living*. Poco después, el chorro de agua se precipitaba contra la superficie blanca de la bañera.

Sin moverse del butacón, Stevenson contempló todos los pormenores del apartamento. Había sobriedad y al mismo tiempo cierto lujo en los detalles que alcanzaba a ver. La vivienda era pequeña, pero acogedora.

Desprovista de su gabardina, la muchacha se movía con naturalidad por las estancias. Pasó varias veces ante Robert, que seguía con los ojos las atractivas ondulaciones femeninas.

—Ya puedes pasar al baño; encontrarás de todo, jabón, esponja, toalla y un albornoz. Al salir, ya te tendré preparadas las compresas. Tú sácate toda la sangre que llevas.

Stevenson se levantó pesadamente del sillón y se quitó el abrigo. Olfateó el aire y comentó:

—Huelo a rosas.

—Son las sales que te he puesto en el baño. Olerás un poco a flores, pero te irán bien para aliviar las magulladuras.

—Mientras no me confundan con otra cosa...

Media hora más tarde, el hombre volvió al *living*. Su rostro había mejorado, y calzaba unas zapatillas visiblemente pequeñas para sus pies, adornadas con grandes borlas azules. Mostraba las piernas desde las rodillas, y cubría su cuerpo con un albornoz celeste.

—¡Robert! —Hanelore se cubrió la boca para no reír ante el raro aspecto que ofrecía el periodista.

—Ríe, ríe cuanto quieras —dijo cómicamente apenado—. Qué le vamos a hacer, el destino me ha puesto en esta situación. Lo que sí puedo decirte es que me siento mejor.

—Ahora, deja que te cure; de lo contrario mañana no habrá quien te mire. Creo que tendrás que ponerte gafas ahumadas.

Hanelore se sentó en el borde del sofá y se inclinó hacia el rostro varonil. Le colocó las compresas y Stevenson le rodeó la cintura con sus manos, oprimiéndola.

—Estoy seguro de que esos matones tienen algo que ver con el hombre de la navaja.

—¿Qué hombre de la navaja?

—¿Quién va a ser? El que mató a la chica del parque y a Betty en la ópera. Tarde o temprano daré con él.

Las caricias de las manos del hombre aumentaron en profundidad, buscando lugares muy concretos. Hanelore se removió.

—Quieto —le reprendió sin fuerza.

—Estando tú tan cerca me es imposible seguir quieto.

—Entonces, me marchó a la cama y te dejó toda la noche en el diván.

—No serás capaz.

—¿Que no? ¡Ya verás! —exclamó decidida, tratando de levantarse.

Fue retenida contra su voluntad por las manos férreas y a un tiempo acariciadoras del hombre.

—Escapa, si puedes. En estos momentos eres como un pajarillo

enjaulado y deseo que cantes para mí.

Apartó de su cara las compresas colocadas cuidadosamente por la mujer. La sangre se caldeaba en sus venas, acelerando su circulación.

—Robert, no te pongas pesado —protestó ella, débilmente, al ser atraída por él. Resuelta, continuó—: Está bien, te daré lo que quieres.

Se inclinó bruscamente sobre el hombre y besó su boca con sádica fiereza; había algo en ella que la impulsaba a hacer daño. Mordió, apretó, frotó, furiosa, los labios masculinos. Cuando su respiración flaqueó, se apartó de él con la misma violencia con que comenzara el salvaje beso.

—Diablos, y yo que creía que eras suave como un guante. Pero así me gustas más todavía —exclamó Stevenson, secándose con las manos la sangre que fluía de los cortes abiertos nuevamente en sus labios.

La atrajo, feroz, volcándola sobre sí. Sin importarle sus propias heridas, la besó apasionadamente, intentando transmitir al cuerpo femenino todo el ardor que a él le dominaba.

Hanelore se resistió y él la apartó unos centímetros. Notó el aliento cálido de la mujer en su cara y susurró:

—¿No te parece que la noche todavía es joven?

La abrazó, fogoso. Ella luchó por desasirse y hundió con rabia las uñas puntiagudas en los hombros varoniles, ahora al descubierto al entreabrirse el albornoz. Poco a poco, su resistencia cedió y, minutos después, la pasión era mutua.

—Sí, Robert, si, la noche aún es joven —musitó, ardiente.

\* \* \*

El cuerpo ventrudo y grasiento de Otto Kakerlak caminaba, furioso, de un lado a otro de su despacho en el Skorpio Club.

—Y esos dos idiotas sin venir todavía —masculló, rabioso.

Una secreción blancuzca oscilaba en las comisuras de sus labios.

Reinier, un hampón a sus órdenes y encargado de custodiar la puerta que daba acceso a los reservados, observó, inquieto, sus nerviosas evoluciones.

El ruido de unos pasos acercándose al despacho hicieron detener

al jefe, que clavó en la puerta sus ojos redondos y saltones.

La hoja de madera se abrió desde el exterior. Bajo el dintel aparecieron, sonrientes, los dos atacantes del corresponsal americano, enfundados en sus respectivos gabanes.

—Hola, Kakerlak, trabajo terminado —saludó Hans.

Karl cerró a su espalda y anduvo por la estancia hasta dejarse caer en una butaca.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el jefe, imperativo.

—Le hemos dado la paliza que querías. Creo que no va a tener ganas de husmear más por el club.

—¿Y Hanelore?

—A la chica no le ha gustado que le aticemos, es lógico. Se ha largado con él, llevándose en el coche. Entre Hans y yo se lo hemos estropeado un poco, lo suficiente para que no le coja demasiado cariño. —El hampón rió su propia gracia, mas al observar las caras hoscas de sus compañeras, cortó la risa en seco.

—De modo que le habéis atizado hasta dejarlo tendido —preguntó Kakerlak, dando por sentada la respuesta.

—Eso es —corroboró Hans con enérgicos asentimientos de cabeza.

—Pues he cambiado de opinión, en estos momentos ese cerdo ya sabe demasiado.

Reinier, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, intentó aclarar el cambio de ideas operado en el jefe.

—Me han llamado por teléfono cuando cuidaba la puerta de los reservados. No creí que en ese espacio de tiempo pudiera ocurrir nada anormal, pero cuando he regresado a la puerta, al poco ha salido un sujeto al que no había visto entrar antes y que ha aprovechado mi ausencia para colarse. Ha actuado con tanta naturalidad que no me he atrevido a decirle nada. Después, le he visto charlar con Giorgio y Hanelore, marchándose con la chica. El tipo llevaba barba, un abrigo canela y un sombrero tirolés con pluma roja.

—No hay duda, es el americano. Yo mismo he aplastado con mi pie el sombrerito de marras —comentó Hans, irónico.

—Pues ya lo sabéis. Ese periodista ha metido el hocico demasiado profundamente y a estas horas sabe más de nosotros que la propia policía. Estoy seguro de que no se habrá contentado con

mirar las puertas de los reservados si no que se habrá asomado dentro, y precisamente hoy han acudido todos.

—La policía conoce los reservados y cree que son de prostitución, un delito no demasiado censurable.

—Si alguien les dice que la gente se mete para drogarse con el *brown-sugar* y otras drogas que les proporcionamos, envejecemos en un penal, para trabajos forzados.

—Eso se arregla pronto. Karl y yo vamos a buscarlo y le damos el «paseo» al estilo de su país; ni se enterará.

—No seas idiota y siéntate —ordenó Kakerlak—. Hay que liquidarlo, sí, pero en otra ocasión. Hanelore podría ponerse tonta y ya conocéis a las mujeres. Dos entierros en un mismo día es demasiado.

—Entonces, ¿qué hay que hacer con él? ¿Esperamos a que se lo cuente todo a la poli?

—Eso tampoco lo logrará. Mira, mi pelo ha volado, pero bajo mi reluciente calva tengo sesos. De momento, en los reservados y en todo el local no habrá droga para nadie. Que husmeen los sabuesos si quieren; al no encontrar lo que buscan se marcharán con el rabo entre las piernas.

—¿Se acabó el negocio? —preguntó Karl, asustado.

Kakerlak concretó:

—Los reservados seguirán abiertos con normalidad y meteremos algunas chicas dentro, que servirán de pantalla, por si algún provinciano quiere tirar una cana al aire. Cuando los polizontes las vean, será divertido, a lo mejor hasta ellos quieren mojar.

—De acuerdo, Otto. Durante la noche, el Danubio arrastra mucha agua, y el cadáver de un hombre indocumentado puede estar muy lejos, al amanecer.

La reunión se disolvió. En el aire quedaba una sentencia de muerte: Robert Stevenson estaba condenado a hincharse en el agua dulce del romántico Danubio.

## CAPÍTULO VII

Desde el interior del baño, Robert Stevenson oyó el inconfundible ruido de la puerta al abrirse.

—¿Eres tú, Hanelore?

—Sí, Robert, te he traído unos regalitos —respondió la muchacha, acercándose.

El norteamericano salió a recibirla, con sus cascabeles al aire.

—Te he traído un sombrero tirolés.

—Buena chica. —Le pellizcó la nalga y cogió el sombrero de sus manos, observándolo con atención—. Marrón claro como el otro, pero con la diferencia de que la pluma de éste es verde y no roja como el anterior.

—No había rojas —explicó ella.

Stevenson se encasquetó el sombrero y se contempló en el espejo del lavabo.

—No me queda mal.

Ella sonrió graciosamente.

—Sí, pero creo que también te hace falta esto otro que te he traído.

Le tendió unas gafas de sol de gruesa montura. Stevenson carraspeó y se las puso, volviendo a mirarse en el espejo.

—Ahora estás mejor; sin embargo, la moradura de ese recalcitrante ojo derecho no queda demasiado oculta, a pesar de lo grande de la montura.

En aquel momento, el timbre del teléfono repiqueteó, insistente.

Robert continuó probándose las gafas y el sombrero, buscando la mejor forma de ocultar las secuelas de la paliza mientras Hanelore descolgaba el auricular.

—¿Diga...? Sí, Robert Stevenson está aquí... Un momento, ahora

se pone... ¡Robert, te llaman!

—¿A mí? —se sorprendió. No esperaba ser localizado en el apartamento de la mujer cuando él mismo no se había propuesto ir allí.

—Es el comisario Hermann, desea hablar contigo.

Componiendo un raro aspecto, ya que sólo llevaba el sombrero y las gafas de sol, Stevenson se acercó al aparato.

—Al habla Stevenson —dijo con su alemán de mal acento.

—Lo suponía... Donde hay unas faldas, allí está el reportero americano y esta vez ha elegido a una de nuestras mujeres más guapas. Hanelore es un bombón.

—¿Y para decirme eso me llama? —preguntó con aparente mal humor, contemplando al mismo tiempo a la rubia. Mentalmente, se dijo que el comisario estaba en lo cierto.

—No, claro que no, le llamo por una noticia que estoy seguro ha de interesarle. Tenemos acorralado al asesino de la navaja y dentro de unos segundos vamos a estrechar el cerco para capturarlo, vivo a poder ser, aunque emplearemos la fuerza en caso necesario.

—¿Puedo acompañarles? —Casi suplicó.

—Para eso le llamo. Después de todo, su hermana ha sido una de las víctimas y no quiero que la prensa de su país deje a la policía austríaca como simples aficionados.

—Gracias, nunca se lo agradeceré suficiente. ¿Dónde debo ir a buscarlo?

—Le espero en la confluencia de las calles Bellaria y Museum, frente al Museo de Historia Natural. Me encontrará junto a la boca del alcantarillado. Nuestro hombre se ha escondido en los colectores, pero tenemos todas las salidas cerradas, no puede escapar. Venga rápido o se perderá el espectáculo.

Stevenson colgó y corrió en busca de su traje y abrigo.

Hanelore le miró, indecisa; sólo había podido oír las palabras de Robert y de éstas no había sacado nada concreto.

—¿Te vas? —preguntó.

—Sí, ya te explicaré. Esta noche podemos cenar juntos. Ah, gracias por el sombrero y las gafas.

Sin más, abandonó el apartamento, dejándola sola.

A bordo del «Mercury», sorteó a los demás vehículos que en aquellos momentos se le antojaban tortugas.

Rodó hacia el Oeste de la ciudad rodeando bloques de edificios. Viena, como la mayoría de las urbes europeas, no era una ciudad de calles paralelas. Sus milenios de existencia, con avatares de centenares de guerras y luchas, la habían hecho crecer a base de poblaciones y edificios sólidos que, en tiempos pretéritos, protegieron los tesoros de los patricios vieneses.

Al pasar por Josefsplatz, su excitación aumentó. Con su insultante luz roja, un semáforo trató de retenerle. Su suciedad por no llegar tarde venció a su civismo y, por milímetros, esquivó una triple colisión con dos turismos que circulaban en direcciones opuestas. Bajo una nube de improperios, pasó el cruce y continuó rodando hacia donde Hermann le esperaba.

—Mientras pueda bajar a la alcantarilla y ver la cara de ese miserable asesino —masculló entre dientes.

No tardó en descubrir a dos policías uniformados custodiando una boca de colector, cuya tapa redonda, de hierro fundido, estaba fuera de su lugar.

Tres coches policiales permanecían atentos a cualquier llamada, a escasos metros y subidos sobre la acera, ante la expectación de los viandantes que circulaban en aquellos momentos por Bellaria Strasse.

El espectacular «Mercury» embistió contra el bordillo y subió a la acera, colocándose en la misma posición que los coches del comisario Hermann.

Se apeó y corrió a la boca del colector, dispuesto a bajar por la escalerilla metálica que llevaba al fondo de la cloaca. Los agentes, mirándole severos, le sujetaron por los brazos. Uno de ellos puntualizó, tajante:

—Aquí dentro no puede meterse nadie, son órdenes superiores.

—El comisario Hermann me espera, me ha citado aquí por teléfono. Soy el corresponsal Stevenson.

—Algo de eso nos ha dicho. Enséñenos su pasaporte.

Se apresuró a mostrar sus documentos al desconfiado agente.

—Está bien, puede bajar y disculpe por entretenerle, es nuestra obligación.

Guardó los documentos apresuradamente y se inclinó de espaldas a la boca del colector. Colocó su pie en el primer peldaño y se introdujo en él.

Una bocanada de aire entre húmedo y caliente, hediondo en grado sumo, abofeteó su olfato. Sin detenerse, prosiguió el descenso hasta quedar en pie sobre el pavimento interior.

Un ligero murmullo indicaba que por el canal que se deslizaba entre las estrechas aceras, limitadas por los muros, discurrían las aguas residuales de la poética y romántica Viena, que allí abajo desmentía las sonatas de Strauss y Schubert.

—Maldita sea, ya se han largado y yo sin una luz para orientarme... Veremos si entre este dédalo de cloacas consigo encontrar a Hermann.

Elevó su mirada y vio la circunferencia que daba a la calzada. Un halo de luz, demasiado tenue para sus propósitos, penetraba por ella. Con la impresión de hallarse en el fondo de un pozo ciego, decidió utilizar la débil llama del mechero para alumbrarse.

Sus ojos tuvieron tiempo de captar, con evidente repugnancia, la huida de las ratas que merodeaban por su alrededor.

Guiado simplemente por su intuición, avanzó despacio; no deseaba hundir los pies en los excrementos arrastrados por las aguas. La hediondez percibida al principio se había amortiguado, pero notaba una gran sensación de humedad que trataba de filtrarse entre las ropas.

Unas voces sordas, profundas, ininteligibles, llegaron a sus oídos, haciéndole sonreír, satisfecho.

«Están delante de mí, no tardaré en reunirme con ellos», se dijo.

Se aseguró de que el camino dentro del colector seguía igual en un trecho bastante largo y apagó el encendedor, acelerando el paso. Tanteó la pared con su mano para no salirse de la estrecha acera. Las sombras fantásticas y espectrales reflejadas en la pared habían desaparecido.

De súbito, un chillido le sobresaltó.

## CAPÍTULO VIII

Algo blando, escurridizo, acababa de ser aplastado por su pie. Se detuvo un instante y respiró hondo. La rata huyó, saltando sobre las aguas residuales, con un ligero chapoteo.

Volvió a encender el mechero y vio la cabeza del roedor que se deslizaba por el canal con asombrosa pericia. Al mismo tiempo, descubrió otra calle interior que, siguiendo las líneas de edificaciones, cruzaba en perpendicular la que él seguía.

Escuchó con atención; las voces parecían llegar de la dirección inicial que había tomado y continuó por ella.

Aceleró mientras pensaba en la difícil tarea de Hermann y sus muchachos al querer atrapar al asesino en aquellos colectores, llenos de túneles en todas direcciones. El mismo ya no sabía bajo qué calle se encontraba y gracias a que caminaba en línea recta podría encontrar de nuevo la salida, siempre que no la hubieran cubierto, naturalmente.

—¡Comisario! —exclamó, haciendo pantalla con las manos—. ¡Comisario...!

Su voz halló un eco interminable, siniestro; se esparció bajo la ciudad haciendo saltar de un lado a otro a los roedores, que ponían como fondo un sinfín de chillidos.

—¿Quién llama? —respondió una voz grave, que también se repitió en mil ecos.

—¡Comisario, soy Stevenson!

—¿Dónde está? —preguntó Hermann, sin que ningún movimiento o luz delatara su presencia.

—¡No sabría explicárselo, estos túneles me parecen todos iguales!

—Está bien, no se mueva y, cuando vea luz, avise. Voy en su

busca.

Transcurrieron varios minutos sin que viera claridad alguna. Al fin, por unas galerías que cruzaban perpendiculares y a unos doscientos metros de distancia, asomó una luz vacilante, que se hizo cada vez más intensa.

—¡Siga adelante, comisario, ya empiezo a verles! —advirtió, mientras con zancada larga, casi sumido en la oscuridad, avanzaba hacia la luz.

—¡De acuerdo, Stevenson! ¡Vaya con cuidado, el asesino todavía está suelto y se nos ha escabullido!

El joven avanzó casi a ciegas, guiado por el halo luminoso procedente del colector lateral. De súbito, sufrió un desagradable tropiezo.

Su brazo derecho acababa de chocar contra algo que no era lo suficientemente duro como para pensar en la pared de la cloaca.

Quedó inmóvil, sin atreverse a proseguir ni a retroceder. Levantó su diestra y palpó un cuerpo aplastado contra la pared en un insignificante recodo. Tanteó unas ropas masculinas que cubrían a un ser palpitante que respiraba con esfuerzo.

Una orden sórdida le hizo comprender el peligro que corría.

—No intente nada, no encienda ninguna luz, salvo que pretenda respirar por última vez entre las porquerías de las aguas.

Quedó en suspenso unos segundos. Ignoraba si el asesino llevaba armas, aunque se inclinaba a suponer que sí. Lo tenía al alcance de su mano, podía entablar una lucha con él, pero optó por hacer una pregunta fría, cortante:

—¿Es usted el asesino de la navaja?

Una ligera risita escapó del rostro invisible, separado del suyo por un palmo de distancia.

—De modo que me llaman el asesino de la navaja. ¿Y por qué? Ya se lo diré yo mismo. Me veo acorralado, perseguido como un perro rabioso por hacer justicia. Si estuviera en mi mano, la escena se repetiría, hundiría de un lado a otro la navaja, cortando sus entrañas una y otra vez...

Había un énfasis excesivo en las palabras del criminal, Stevenson comenzó a temer que se hallaba ante un loco homicida, al que era preferible seguirle la corriente.

Suavizó el tono de su voz al preguntar:

—¿Por qué ha matado a las dos chicas?

—¿A qué dos chicas? Yo sólo maté a una, a Rommy, cuyo cuerpo se pudrirá mucho tiempo después que su alma; era una perdida.

—¿Y por qué asesinó a Betty, la bailarina?

—Vuelvo a decirle que sólo he matado a Rommy. Cuando ella tenía quince años comenzamos a salir juntos; a los diecisiete, cuando no se había formado totalmente como mujer, me enteré de que era una prostituta de las que cobran caro, haciendo valer su supuesta ingenuidad. Seguro que ha vendido su virginidad un montón de veces. Desde ese momento la odié, la odié con toda mi alma. Sólo tuve que citarla en el Waldmüller Park...

—Si es así, entréguese. Tendrá muchos atenuantes a su favor.

—¡Oh, no, los barrotes no están hechos para Dieter Wandermann! ¡Lograré escapar, ya lo verá!

Stevenson, perplejo, no comprendía por qué el fugitivo negaba haber matado a su hermana, cuando los dos asesinatos presentaban características idénticas. Sus reflexiones quedaron cortadas por la brusca aparición de dos potentes focos en el colector donde se encontraban, procedentes del túnel lateral.

—¡Stevenson! ¿Está ahí? —preguntó Hermann.

En voz baja, el asesino amenazó:

—Una sola palabra y lo mando al infierno. Aplástese contra la pared.

Stevenson obedeció. Las luces de los proyectores rasgaron las entrañas de la cloaca cuando uno de los focos se centró en la figura del periodista, que se hallaba ante el leve recodo que protegía a Dieter Wandermann.

—¡Mire, comisario, allí hay un individuo! —gritó un agente, al descubrirle.

Hermann, intrigado, preguntó:

—¿Qué hace pegado a la pared y con esas gafas, Stevenson?

Amenazado por el homicida y oculto en la oscuridad del contraluz, el joven continuó silencioso. Tras los potentes focos, los policías comenzaron a avanzar y el comisario dijo:

—¡Ya que no quiere contestarnos, vamos por usted!

—¡No den un paso más o acabo con su amiguito! —atajó Dieter Wandermann.

—¡Alto, que nadie dispare, tiene como rehén al americano! — Gruñó Hermann a sus hombres. Después, habló al fugitivo—: ¡Entréguese o dispararemos contra usted!

—Y si me entrego, la cárcel de por vida, ¿no?

—Siempre será mejor que acabar cosido a balazos, ¿no?

—El comisario le está diciendo lo mismo que le he aconsejado yo antes, entréguese —pidió Stevenson, deseoso de esclarecer el crimen de su hermana, que ahora veía más turbio que nunca. Sólo Dieter Wandermann podía aportar las primeras pistas.

Más éste, en tono ronco, amenazador, masculló:

—Cállese y siga andando. Si disparan contra mí, usted será el primero en caer.

—Es inútil, todas las salidas están vigiladas, yo lo he visto — advirtió sin miedo.

—Ya encontraremos otra, o quizá pueda llegar hasta el río por estas malditas cloacas que han sido mi ratonera. —Elevando la voz, advirtió a los policías—: ¡Me lo llevo conmigo, un solo disparo y este extranjero la palma!

Hermann y sus subordinados quedaron quietos, expectantes. Siguieron con sus focos a Stevenson, que empezó a caminar en dirección opuesta llevando al fugitivo casi pegado a su espalda.

El silencio era casi absoluto. Sólo los pasos del reportero y el asesino producían una monótona sonoridad. El momento crucial llegó cuando Stevenson quedó a la altura del siguiente túnel lateral, correspondiente a otra calle en la superficie.

La escena se desarrolló a velocidad de vértigo. El joven dio un salto hacia la izquierda y se introdujo en la nueva galería al tiempo que proyectaba su pie hacia atrás. Dobló la rodilla y empujó a Dieter Wandermann al centro del colector. Éste chapoteó con sus pies las aguas residuales, al tiempo que lanzaba imprecaciones y juramentos.

—¡No salga, Stevenson; vosotros, disparad! —ordenó Hermann.

El americano chilló:

—¡No lo maten, no lo maten!

Sus gritos quedaron ahogados por los disparos, que transformaron la cloaca en un infierno de confusión caótica. Los proyectiles volaron a lo largo del túnel, como fieras ansiosas de morder la carne de su víctima.

La figura de Dieter Wandermann, iluminada como una marioneta por las candilejas, vaciló. Su cuerpo fue sacudido violentamente por los impactos, que le convirtieron en una criba. Alzó los brazos hacia el techo, su diestra empuñaba la navaja barbera de hoja desnuda. Efectuó una trágica y grotesca pirueta, dobló las rodillas y cayó de espaldas sobre el canal.

Stevenson fue el primero en acercarse al cadáver que, debido a la escasa profundidad de las aguas, dejaba al descubierto su rostro cejijunto. Mantenía los ojos desorbitados, los maxilares desencajados.

Hermann y sus hombres llegaron corriendo.

—¡Por fin lo atrapamos! Después de todo, ha sido mejor así. Sus crímenes eran demasiado claros y lo descubrimos fácilmente, al enterarnos de que era el novio de la chica del parque.

—Comisario, este desgraciado mató a Rommy, pero no a mi hermana; él mismo me lo ha dicho.

—Tonterías, este caso ha concluido. Nos ha dado trabajo, pero todo se ha resuelto. Por cierto, ¿por qué se ha puesto esos lentes? Ah, ya veo, alguien le ha atizado y la montura no es lo suficientemente grande como para tapar la hinchazón.

—Es usted muy perspicaz, pero en cuanto al asesino de Betty, se equivoca.

Hermann miró al reportero a través de las gafas redondas y oscuras que ocultaban sus pupilas enigmáticas. Demostrando preocupación, olfateó el aire y objetó:

—Qué raro, aquí debería oler a todo menos a rosas; sin embargo, juraría...

Stevenson carraspeó, tratando de dar flexibilidad a sus palabras.

—Será que alguna novia desechada ha tirado su ramo de rosas por la alcantarilla.

## CAPÍTULO IX

Para tomar un pisco-labis para cenar, Stevenson se dirigió al norte de Viena, al *snack*-bar de un compatriota suyo nominado The Yankee.

—Hola, Robert —le saludó Joe, el propietario del establecimiento. Tras observarle, rezongó—: Te han sacudido, ¿eh?

—Por lo visto, estas gafas son demasiado pequeñas.

—¿Qué te ha pasado, por qué ese ojo a la funerala? —preguntó intrigado, inclinándose hacia el corresponsal.

—Reñí por una chica.

—¿Tiene algo que ver con lo de tu hermana? Lo he leído en los periódicos y lo siento; creo que ya era famosa.

—Gracias, Joe. No ha sido por ella, es por una chica de aquí, creo que vienesa; y dos tipos altos como el Empire State me han zumbado con sus porras. Eran unos hampones.

—Si llego a estar a tu lado, seguro que los que tienen que comprarse gafas son ellos. ¡A Joe de Minnesota nadie le ha tumbado todavía!

El periodista observó la hercúlea complexión y los enormes bíceps que se escondían tras el uniforme blanco de su compatriota.

—Lamento de veras no haberte tenido conmigo. Quizá algún día vea otra vez las caras de esos sujetos y entonces...

—Sólo has de telefonearme, cierro el bar y engraso mis puños.

—Gracias, Joe, pero ahora sírreme un bocadillo de hamburguesa y una cola con *gin*.

—Enseguida, y no lo olvides, siempre dispuesto a ayudarte.

El gigantesco barman terminó la frase moviendo los puños como si ya estuviera propinando un directo al futuro contrincante. Stevenson sonrió y vio cómo le preparaba la frugal cena.

—Ten, aquí está tu hamburguesa y para que te resarzas un poco de la mala racha que llevas, *whisky* a cuenta de la casa.

El periodista no pudo contestar; el jugoso bocadillo acababa de ser mordido por sus maxilares hambrientos.

—Robert, hay un tipo que se ha sentado hace dos horas ante un café que ya debe estar helado, y me da mala espina. El periódico que lleva sólo le sirve para esconderse; le he observado y creo que te vigila —dijo Joe, sin dejar de enjugar un vaso, ya totalmente seco.

—¿Quién es, dónde está?

—Al fondo, sentado en el rincón de la derecha.

Como si tratara de secarse los labios con la servilleta de celulosa, el joven giró la cara súbitamente en la dirección indicada. Llegó a tiempo de ver cómo un rostro se ocultaba tras un diario desplegado.

—Gracias, Joe, ya me las entenderé con él. Ando buscando a un tipo que pretende ser más listo que la ley, y quizá sea ése.

—¿No será uno de los que te zurraron? Si necesitas ayuda, ya te lo he dicho antes, aunque creo que para ese enclenque no te hará falta.

Terminó la consumición, pagó y salió a la calle con naturalidad, sin mirar una sola vez hacia el enigmático sujeto.

Hundió las manos en los bolsillos, comprobando que por Wehli Strasse circulaba demasiada gente para poder intentar algo. Resolvió atravesar la calzada para buscar callejones más solitarios, donde los curiosos no fueran un estorbo.

Hacía cuatro horas que Viena se hallaba iluminada por la técnica del hombre, miles de farolas retaban a la oscuridad. Las ventanas de las viviendas también despedían luz; eran como ojos encendidos que la bruma baja y densa difuminaba.

Tentando al peligro, Stevenson se introdujo en una calleja pésimamente iluminada. Sus pasos resonaban en el pavimento empedrado con adoquines gruesos y regulares, ahora mojados por la densa niebla invernal.

Otras pisadas perfectamente audibles llegaron a sus oídos. Sonaban a su espalda y no correspondían a su caminar; eran más irregulares, más dubitativas.

Una nueva calleja, cruzando la primera, quedó ante él. Rápidamente, dobló hacia la izquierda. Emprendió una carrera que

trató de sonorizar al máximo, golpeando con toda la superficie de las suelas sobre el adoquinado.

Bruscamente, se metió en un portal carente de luz.

Trató de controlar su jadeante respiración, aspirando lentamente por la nariz el aire húmedo y helado para que éste llegara algo más caliente a sus pulmones.

Los pasos del extraño aceleraron, en una carrera vacilante. En dos ocasiones se detuvieron, como intentando descubrir la presa desaparecida de su campo visual.

Stevenson se pegó al máximo contra el portal.

Las pisadas avanzaron ahora espaciadas, cautelosas. Diríase que aquel hombre no estaba muy seguro de su decisión. Stevenson contuvo la respiración, faltaban uno o dos pasos para que el enigmático sujeto se pusiera a su alcance. Otro paso y la figura se recortó con el contraluz del portal.

—Alto, amigo —gruñó sordamente.

Sorprendido, el desconocido intentó retroceder y huir. Stevenson, más alto y corpulento, lanzó su diestra transformada en garra, y lo atenazó por el cuello.

—¡Suélteme, suélteme!

—No escaparás, y ahora que te tengo entre mis manos, te estiraré de la lengua hasta que vomites todo lo que ocultas dentro de esos sesos.

Dando fuerza a su advertencia, el reportero golpeó con la palma de su zurda el mentón del hombre. Le aplastó contra la pared, mientras le sujetaba con la diestra por el cuello.

—¡Suélteme, yo no sé nada, nada! —balbució, tembloroso.

Stevenson se dio cuenta de que las palabras escapaban de una garganta adolescente, pues se mezclaban tonos graves y agudos propiamente femeninos; no obstante, no se confió.

—¿Llevas armas?

—¿Armas? Nunca las he tenido.

—Eso lo comprobaremos antes de seguir charlando.

Cacheó al chico, que permanecía quieto, expectante. Ni un solo golpe se había cruzado entre ambos.

—Vas a explicarme por qué me has seguido o antes de un minuto te he puesto en órbita.

—¿Es, es usted Robert Stevenson?

—Sí, ¿qué pasa? Espera, antes de seguir quiero ver bien tu cara...

Sacó el mechero de butano y lo encendió, colocando la llama a escasos centímetros de la cara del desconocido.

—Vaya, si aún eres un niño —gruñó.

El adolescente tenía un aire algo afeminado, quizá por la melena rubia y rizada. Sus labios temblaron, delatando el miedo que le embargaba. Stevenson pensó que atizarle en aquel estado sería una brutalidad por su parte.

—Vamos, explícamelo todo, si no quieres que te caliente para el resto del invierno.

—Yo le seguía porque no estaba seguro de que fuera usted Robert Stevenson. Me habían dicho que iba casi siempre a The Yankee, y que usaba un sombrero tirolés con una pluma roja, y como la lleva verde... Además, no sabía que usara gafas oscuras.

—¿Quién te ha dado tantos datos, y por qué te has puesto tras mis talones? Porque supongo que no actúas por tu cuenta.

—Sí, digo no, ha sido Nancy... Soy su amigo, ella me ha pedido que le buscara.

—¿Para qué?

—Tenía que darle este papel.

Nerviosamente, el chico rebuscó en los bolsillos de su gabán hasta dar con una cuartilla doblada, que entregó al reportero.

—Tenga, y si usted es Stevenson, es que Nancy se ha equivocado en el color de la pluma. Yo no tengo nada más que ver.

Stevenson le arrebató la nota, y encendió de nuevo el mechero cuando, bruscamente, el joven le empujó, lanzándose después a una desenfrenada carrera.

—¡Eh, espera! —gritó, iniciando la persecución.

Mas el chico corría como un gamo perseguido por una jauría de lebreles. Robert se encogió de hombros, y se dedicó a leer las palabras escritas, con grandes caracteres.

«A BETTY LA MATARON, PORQUE QUERIA CONTARLE UN SECRETO QUE ELLA NO ERA LA UNICA EN SABER. AYUDEME. TENGO MUCHO MIEDO».

«NANCY».

Releyó la nota. Se echó el sombrero hacia atrás con un gesto instintivo, mientras pensaba:

«Nancy es una de las tres amigas que formaban grupo con Betty. Ella me lo había explicado varias veces por carta, esa Nancy debe ser la pecosa. Por lo visto, sabe algo más de lo que contó al comisario, y tiene miedo. Iré en su busca».

Guardó el papel en su bolsillo, y observó la esfera fosforescente del reloj. Eran las diez y media, no había función en el teatro de la ópera, pero quizá el *ballet* estuviera ensayando en su escenario.

Deshizo el camino que le había llevado a la captura del mensajero, y regresó al *snack* The Yankee frente al que tenía aparcado su «Mercury».

Lo puso en marcha rápidamente, pisando a fondo el acelerador. Deseaba llegar cuanto antes a la Staatsoper; Nancy podía ser la siguiente víctima del asesino que no había muerto con Dieter Wandermann, como el comisario Hermann suponía.

Los neumáticos giraron, vertiginosos, a una velocidad que resultaba extremadamente peligrosa para circular por una ciudad como Viena; sin embargo, Stevenson siempre había confiado en su pericia frente al volante.

Ante él, a unos cien metros del parabrisas, un semáforo lanzaba destellos verdes, indicando paso libre. Al llegar a una distancia de veinte metros, apareció el ámbar y a menos de diez metros, el rojo trató de detenerle. Pisó el freno, soltando el acelerador.

Su rostro se cubrió de un sudor frío, el freno no respondía. Lo oprimió hasta el fondo, y fue inútil. El coche siguió rodando a noventa cuando el tránsito que debía cruzar la calle por la que él circulaba iniciaba su avance, formando una masa compacta en ambas direcciones.

—¡Si el freno iba bien, seguro que me la han jugado! —rugió, feroz, contra quienes suponía le habían vaciado el líquido.

Maniobró con el volante en ambos sentidos. Los otros vehículos avanzaban en primera, ignorantes de lo que le sucedía al «Mercury».

Una gran confusión de luces lo inundó, los estridentes claxons le ensordecieron. Viró primero hacia la derecha y, con una evolución digna de un as del volante, logró sortear a los que marchaban por la izquierda, manteniendo la fabulosa velocidad que llevaba.

Giró hacia la izquierda y esquivó a quienes rodaban por la derecha. Los neumáticos chirriaban, daban la impresión de ir a estallar.

Consiguió esquivar el primer encontronazo que hubiera significado su muerte, y continuó rodando en busca de calles menos transitadas y carentes de semáforos, tratado de evitar que alguien fuera arrollado por el «Mercury», en su desenfrenada carrera.

Miró de soslayo por el espejo retrovisor, y comprobó que dos faros encendidos le seguían a una distancia prudencial. Debía ser un espectador que no deseaba perderse su estrellamiento.

Se introdujo en el puente de Nordbahn cuando un camión de pesado tonelaje avanzaba en dirección opuesta, sin disminuir su velocidad lo más mínimo ni apartarse de la ruta marcada por el conductor.

—Éste es tu fin, Robert —gruñó, maniobrando violentamente.

El «Mercury» se subió sobre la acera del puente, directo hacia una de las monumentales farolas que lo iluminaban. Bajo él, el Danubio discurría, silencioso, con el negro que prestaba a sus aguas la oscuridad nocturna.

## CAPÍTULO X

Las palmadas secas, dadas por las manos duras y huesudas del elástico Giorgio, actuaban como un sortilegio, poniendo en marcha a las danzarinas sobre las tablas del fabuloso escenario del gran teatro vienés.

—¡Más ligereza, parecéis de plomo! —increpó con gesto duro. Su rostro despedía mal humor.

La melodía del *ballet* escapaba de un magnetófono colocado sobre una silla solitaria en un ángulo, junto al proscenio.

Las dos jóvenes americanas, que ya apuntaban hacia un radiante esplendor de belleza femenina, oscilaban, graciosas y ágiles, de un lado a otro del escenario, entremezcladas con sus compañeras. Todas vestían *maillots* negros, ajustados a sus esbeltas figuras.

—¡Que se os escape el compás, más ligeras! —insistió Giorgio, con su acento desabrido.

Las figuras adolescentes, dejando traslucir la firmeza de unos senos nacientes, evolucionaban casi con los ojos cerrados. Estaban cansadas, llevaban dos horas repitiendo lo mismo, Giorgio era inflexible.

Las butacas de platea, palcos y anfiteatros, se hallaban completamente vacías, dando una oprimente sensación de frialdad.

Entre bastidores, sin asomar a las tablas porque el maestro no lo permitía, había varios familiares y amigos de las bailarinas, además de los tramoyistas, personal de servicio y el propio Wolfgang, administrador del coliseo.

Hanelore charlaba animadamente con la madre de una de las chicas. Vestía un conjunto negro, formado por un jersey de lana gruesa, descolgado sobre las caderas y un pantalón ceñido. Su cabello color paja destacaba con la ropa tan oscura.

Nancy miraba, desasosegada, de un lado a otro, sin identificarse con la melodía subyugante del *ballet*. Inquieta, rehuía los pares de pupilas que la contemplaban desde el interior de los decorados. En su cabeza sólo anidaba un deseo: Ver inmediatamente a Robert Stevenson, el hermano de su compañera.

—Nancy, ¿en qué diablos estás pensando? —inquirió Giorgio, severo.

Nathaly observó a su amiga, y captó el nerviosismo que la embargaba, especialmente al ser reñida delante de todos. La angustia se hizo patente en su pequeña boca, y las pecas de su rostro semejaron acentuarse.

Dos nuevos espectadores se colocaron entre los demás, el comisario Adolph Hermann y su inseparable agente, Walter Tabor. Al ver las gafas redondas y oscuras que ocultaban las pupilas enigmáticas del comisario que a tantos interrogatorios la había sometido, Nancy se quedó mirándole fijamente.

Perdió la noción de cuanto la rodeaba, únicamente veía a Hermann, lo que ocasionó un choque con una de sus compañeras. Nancy fue derribada ridículamente sobre las tablas.

—¿Qué sucede, Nancy? —preguntó Giorgio a gritos, acercándose a ella.

—Estoy muy fatigada —respondió, incorporándose—. Me duelen mucho los pies.

—¡Nunca llegarás a ser nada, pareces de mantequilla!

El maestro se acercó al magnetófono que seguía desgranando la melodía, y lo desconectó bruscamente. Después, se encaró con las chicas que habían quedado inmóviles:

—Tenéis media hora de descanso, aprovechadla, porque luego no os soltaré hasta que lo hagáis a la perfección.

Las componentes del *ballet* soltaron suspiros de alivio y gritos de alegría. Se organizó un revuelo entre las muchachas, y algunas fueron en busca de familiares y amigos. Las más, corrieron hacia los vestuarios para aliviar sus pies.

Nancy quedó sobre las tablas, sola en el centro del escenario. Sus ojos buscaron, ávidos, mas el rostro de Stevenson no se veía por parte alguna.

De súbito, ante la sorpresa general, se produjo un corte de fluido eléctrico, dejando completamente a oscuras la escena, camerinos y

las restantes dependencias del teatro. Hubo confusión de pasos, voces y exclamaciones en todos los tonos.

—¡No enciendan cerillas, no se muevan demasiado! —advirtió el administrador Wolfgang, intentando poner un poco de orden en el caos que organizaban las chicas.

A pesar de la calefacción, Nancy sintió frío, un frío que hacía castañetear sus dientes. El terror se adueñaba de su elástica figura.

La luz no volvía, mientras se producían invisibles carreras sobre las tablas, que dejaban escapar su sonoridad. Varias danzarinas chillaban de cuando en cuando, al ser tocadas por alguien. Algunas linternas de pilas se encendían y apagaban, como estrellas fugaces.

Nancy temblaba, sintiéndose sola, indefensa. Desearía con toda su alma echar a correr, mas sus piernas se negaban a obedecer.

Unos pasos rápidos, seguros se aproximaron a ella. Inesperadamente, una linterna minúscula, de foco centrado en una circunferencia uniforme y blanca, carente de halo, proyectó su luz contra el rostro de Nancy, cegándola.

La muchacha lanzó un grito que se confundió con los de sus compañeras, y al que nadie prestó atención. Algo pesado se estrelló contra su cráneo, enmudeciéndola, al tiempo que la linterna se apagaba de nuevo.

—Alguien ha gastado una broma pesada, llevándose los dos plomos de la general —gruñó, en voz alta, el técnico electricista.

Wolfgang se acercó a él, presuroso, bamboleando su cuerpo obeso y sudoroso.

—¡Pues que los vuelvan a su sitio!

—¡El que haya cogido los fusibles, que los devuelva!

Nadie respondió al requerimiento del técnico. Sólo pasos, chillidos, confusión general. El administrador apremió enérgico:

—¡Ponga otros en su lugar, deprisa!

—No tenemos de repuesto, y las tiendas ya están cerradas —replicó el empleado, nervioso—. Los que usamos normalmente los vamos arreglando con filamentos de cobre.

—¡Mire la forma de dar la luz, y mañana ya buscarán otros nuevos!

—Lo único que puedo hacer es poner dos pedazos de hilo, sujetos con pinzas.

—Haga lo que quiera, pero que no tengamos que llamar a los

bomberos.

El cuadro de luces quedó iluminado por dos focos autónomos. Con habilidad y cuidado, el técnico comenzó la reparación provisional.

Los minutos transcurrieron lentos, pesados. Los gritos iniciales se habían apagado para dar paso a los cuchicheos, brotando algunas risas entre ellos. Ahora que los rostros no podían verse, los comentarios más procaces adquirirían sonoridad.

Cuando había pasado algo más de un cuarto de hora, una exclamación general surgió, espontánea: La luz se había hecho.

—¡Ya está bien de descanso, prepararos para ensayar otra vez! —ordenó Giorgio.

Las bailarinas corrieron hacia el centro de las tablas, avisándose mutuamente, y familiares y amigos se retiraron entre los decorados. Wolfgang quedó junto al electricista, al que la improvisada reparación ofrecía muy poca confianza.

Walter Tabor permanecía junto a Hermann, que lo controlaba todo con sus frías pupilas, ocultas tras las gafas redondas y oscuras. Hanelore continuaba en el corro de mujeres que charlaban por los codos. Estaba muy atractiva vestida de negro, mostrando una figura espléndida.

—Falta Nancy, ¿dónde está? —inquirió Giorgio, molesto por la ausencia de la chica—. Hanelore, busca a esa estúpida, y que no me provoque demasiado o la mando a su pueblo.

—Puede que esté en los vestuarios, voy a ver.

Hanelore fue en busca de la pecosa, mote por el que todos la conocían.

Hermann consultó su reloj; parecía tener prisa. Giorgio conectó el magnetófono, haciendo retroceder la cinta para comenzar de nuevo con la pista.

La rubia Hanelore regresó con el ceño fruncido.

—Nancy no está en los vestuarios ni en los lavabos —concretó.

Por unos segundos, todos quedaron callados, a nadie le gustó la noticia. En los rostros de las muchachas hubo interrogación y miedo, recordando el reciente asesinato de Betty Stevenson.

—Se habrá marchado, esta noche parecía idiotizada —gruñó Giorgio, despectivo; su malhumor aumentó.

—No, no puede ser, ha dejado sus ropas en el vestuario, y no

creo que le haya dado por salir a la calle en *maillot*; con el frío que hace —opinó Hanelore.

—No me gusta la desaparición de esa chica —dijo Hermann—. Hay que ver dónde puede haberse metido. Hemos venido a comunicarle que el asesino de la navaja ha sido capturado y muerto al resistirse, pero alguien me ha sugerido que existen dos asesinos de la navaja; sería consolador que este segundo criminal solo fuera una utopía.

Cuantos oyeron las palabras del policía, quedaron sorprendidos e, instintivamente, se agruparon en el centro del escenario. Giorgio se quejó:

—Parece como si pretendiera asustar a las chicas, comisario. Después de lo que ha dicho, esta noche no van a dar un paso firme, y tendremos que suspender el ensayo. Esto sólo va a representar perjuicios para el *Ballet* del Gran Giorgio.

—De acuerdo que el *ballet* es grande, pero deje de colgarse adjetivos. Entre todos, y sin que nadie abandone el edificio, hemos de encontrar a la muchacha. Quizá se haya escondido en algún rincón, y sólo quiera gastarnos una broma.

—Nancy no era traviesa, al contrario. Yo diría que siempre ha tenido miedo, y que incluso es muy supersticiosa. Probablemente, le viene de su familia —explicó Hanelore, acercándose al grupo de jóvenes, con actitud de protección.

Giorgio se encaró con el administrador y, de malos modos, exclamó:

—¡Si es verdad que a Nancy le ha ocurrido algo, nunca más volveré a poner los pies en este teatro, y diré que trae mala suerte actuar aquí! Ya sabe lo supersticiosas que son las gentes del teatro.

—Por favor, maestro, no saquemos las cosas de quicio porque una niña ha tenido la ocurrencia de jugar al escondite. La encontraremos, ya verá.

Hermann, haciéndose cargo de la situación, ordenó:

—Las bailarinas, que no se muevan de donde están. Los demás, a buscar por todas partes hasta en los sótanos, si es preciso. Tú, Walter, ponte en la puerta de entrada de artistas. Wolfgang, ¿existe otra salida abierta o fácilmente accesible para alguien que quiera marchar?

—No, la entrada de artistas es la única. Las puertas centrales

están cerradas con verjas, sería imposible salir por ellas.

La búsqueda un tanto desordenada fue general, y repitieron las llamadas dirigidas a la pecosa. El paradero de ésta continuaba siendo un enigma hasta que Nathaly señaló la concha del apuntador, y lanzó un grito desgarrado.

—¿Qué pasa? —preguntó Hermann, acercándose al escenario corriendo.

La muchacha contestó, con el pánico reflejado en su cara:

—¡Sangre, hay sangre delante de la concha!

Hermann, Wolfgang, Giorgio y Hanelore se acercaron, comprobando la existencia de gruesas gotas rojas que salpicaban la abertura, vacía hasta aquel momento.

—Es sangre, no cabe duda —gruñó el comisario.

Deseando desentrañar el misterio, introdujo su brazo en la concha mientras era observado por todos.

Las respiraciones se contuvieron, una curiosidad casi morbosa asomaba en todas las pupilas. El policía palpó algo con su diestra, y esbozó una mueca de desagrado.

—Creo que ya he dado con ella —gruñó, tirando de los pelos que acababan de quedar entre sus dedos.

Lentamente, el cuerpo de Nancy fue ascendiendo. Cuando la cabeza quedó al descubierto, un grito múltiple de horror puso en estado de alarma a los que aún buscaban por otras dependencias.

El cadáver quedó visible. Sobre su vientre, bajo vientre y muslos se observaban una serie de feroces tajos en sentido transversal, que habían acabado con la vida de la muchacha norteamericana, ensangrentándola de cintura para abajo.

—Comisario, ahora nos dirá que existe un segundo asesino de la navaja —musitó Giorgio, impresionado, achicando sus ojos extrañamente juntos.

—Sí, no hay duda. Stevenson tenía razón al decir que hay un segundo asesino, sobre el que debemos descargar todo el peso de la ley, por sus brutales crímenes contra estas pobres criaturas.

En los rostros de todos había asco, náuseas y al mismo tiempo, temor. ¿Quién sería la nueva víctima? Era la pregunta que todos se hacían mentalmente, mas nadie podía responderla.

## CAPÍTULO XI

El «Mercedes-Benz» inició su entrada en el puente, iluminando con sus potentes faros al «Mercury»; parecía esperar a que se estrellara.

El camión que acababa de obligar a Stevenson a lanzarse contra la farola pasó, raudo, junto al coche de matrícula austríaca, eludiendo su responsabilidad.

Era inútil pisar el freno. Stevenson optó por tentar a la última y dudosa posibilidad. Cambió de marchas rápidamente, y cuando el motor rugía, lo puso en segunda, efectuando la acción en uno o dos segundos escasos. El motor se caló, quedando frenado bruscamente.

De no aplastarse contra el volante, el joven habría salido despedido contra el parabrisas, partiendo incluso el volante, que ahora le retuvo. Sólo sintió una repentina presión en el tórax, y el parachoques quedó materialmente detenido, lamiendo la base de la monumental y artística farola, construida en hierro y hormigón.

El suave vaivén que transmitía el sistema de suspensión le devolvió a la realidad y le indicó que, una vez más, la suerte había estado de su parte.

Miró a través de la ventanilla, y suspiró, aliviado, al tiempo que advertía la presencia del «Mercedes», detenido junto a la acera del puente, iluminándolo con las luces largas.

«Creo que ya sé quién me ha inutilizado el freno».

Se apeó por el lado opuesto a donde se hallaba el otro coche. La luz le cegaba, y no podía ver a quién lo conducía. Oyó voces e, inconscientemente, recordó por qué llevaba gafas ahumadas.

—Me parece que ya no está el auto, habrá salido por el otro lado.

—Será mejor que nos acerquemos, hay que asegurarse de que ha cerrado el pico para siempre, ya conoces las órdenes.

Stevenson estaba desarmado y, en la desesperación del momento, inició una carrera, pegado a la balaustrada. Su intención era alcanzar la margen contraria del Danubio.

Al poco, se dio cuenta de que era perseguido por el misterioso vehículo, que le enfocaba con sus luces de carretera. Ya no podía contar con el «Mercury» para la fuga, y se dijo que era ridículo emprender una huida por piernas.

—Sólo me queda una solución. Si quieren ponerme las manos encima, tendrán que arriesgarse —masculló, mientras saltaba sobre el pretil.

El río, nada romántico viéndolo discurrir bajo los pies colgados en el vacío a una distancia de unos sesenta metros, semejava aguardar su cuerpo para engullirlo, voraz.

—¡El tipo ese se ha arrojado al agua! —exclamó Karl, aparcando.

—No creo, se habrá escondido, intentando despistarnos. Desde esta altura se mataría. Vamos por él —indicó Hans, siendo el primero en apearse y correr hacia la baranda. Su compañero fue tras él.

Por su parte exterior, el puente se hallaba construido con un armazón de gigantescas vigas entrecruzadas. Las farolas iluminaban el asfalto, dejando en la oscuridad las poderosas arcadas de sostén.

Stevenson comprendió que no era nada fácil la huida emprendida, pero si deslizándose por las vigas sucias y frías se jugaba la vida, sobre el puente ya la habría perdido.

—Eh, amigo, ¿cuánto rato piensa estar ahí tomando el fresco?

Stevenson levantó los ojos, y vio a los dos matones del Skorpion inclinados sobre el pretil, mirándole, sonrientes, seguros de su éxito. Había escapado de la muerte evitando estrellarse con el coche, pero se había metido en una ratonera.

—Si vosotros os largáis, subiré enseguida —respondió, mordaz.

—¿Has oído, Hans? Nuestro amiguito quiere subir, claro, se da cuenta de que pronto se va a cansar de estar en una posición tan incómoda. Parece que no ha nacido para acróbata de circo.

Stevenson atenazó sus dedos en los bordes de hierro y descendió los tres metros de armazón existentes bajo la balaustrada. Su pie derecho resbaló, y por unos segundos se balanceó en el aire. En la arcada, el viento silbaba ligero y de modo siniestro, amenazador.

—Si subes te hacemos un regalo, te lo prometo —propuso Karl, sarcástico.

—¡Venid a buscarme, si tanto empeño tenéis en acabar conmigo! —replicó Stevenson.

Bajó centímetro a centímetro, con infinito cuidado, sus pies oscilaban en el vacío. Su intención era colocarse bajo el andamiaje del puente, y escapar así de los hampones. Mas, su empresa era tan ardua como arriesgada. En cada movimiento, en cada avance, la muerte era su compañera, ansiosa de tomarle en brazos como una hembra insaciable.

—No hará falta que bajemos para liquidarte; además, me divierten tus intentos por desaparecer. Esperaremos hasta el momento preciso en que vayas a conseguirlo, y entonces, caerás como un monigote de feria —se rió Hans.

El cuerpo de Stevenson se balanceó desde la cintura, ululando el viento entre sus piernas. Para obtener un apoyo, debía adelantar en horizontal y hacia la izquierda unos diez metros. Salvada esta distancia, podría situarse bajo la arcada y esperar a que amaneciera, sin que los asesinos pudieran hacerle nada.

Pero los músculos de sus bíceps, tensos como el cable que sujetaba dos navíos, parecían próximos a estallar. Jadeaba, y se vio obligado a detenerse. Necesitaba tomar fuerzas, y aplastó al máximo su cuerpo a la monstruosa viga a la que estaba agarrado.

Entre el rumor del aire, los latidos de su corazón y el sonido de algún coche rodando, veloz, por el puente, Stevenson oyó las risas y comentarios de sus verdugos.

El abrigo dificultaba sus movimientos. Comenzaba a pensar que había sido demasiado temerario al internarse en el almacén metálico, pero se consolaba diciéndose que, de seguir arriba, su cadáver ya habría sido arrojado a las aguas, que le transportarían lejos de la ciudad.

—Fíjate cómo sufre ese tipo, es el momento de que le aliviemos. Kakerlak ha pedido un trabajito más o menos así, nadie se enterará y el río se llevará su asqueroso cuerpo.

Hans sacó de la funda de su sobaquera una «Luger», y la oscura circunferencia del cañón se centró sobre el cráneo del americano.

—¡Mírame, estúpido, ha llegado el momento de que caigas como un pichón!

Stevenson alzó los ojos para escuchar la sentencia y vio la automática que le encañonaba sin piedad. Un movimiento del índice y su vida quedaría segada.

Un sudor helado mojó las palmas de sus manos, poniéndole en situación más apurada aún. Sus ojos azules reflejaron la rabia intensa que sentía, al no poderse llevar al infierno a los dos hampones que, estúpidamente, se burlaban de él.

—¡Disparad, cerdos! —apremió.

Provocaba su irritación para acabar de una vez. Las fuerzas le fallaban y prefería morir de un balazo que estrellarse contra el agua, lo que equivalía también a una muerte cierta, pero más desagradable.

—¡Ahora mismo te complazco, ahí van unas onzas de plomo a la carta!

Cuando Hans se disponía a hacer fuego, la diestra de su compañero le detuvo.

—Puestos a divertirnos, tengo otra cosa mejor para este tipo.

—¿El qué?

—En el «Mercedes» hay un bidón de cinco litros de gasolina. Como a nosotros no nos sirve porque utilizamos gasoil, se la regalaremos al americano.

—No te entiendo.

—Muy fácil, primero le damos la gasolina y luego una cerilla encendida. ¿Comprendes?

Una risa entrecortada, propia del sádico que ansia ver a su víctima retorcerse, estalló en la garganta de Hans. Lentamente, devolvió la automática a su funda.

—Tienes razón —aceptó—, un balazo sería demasiado rápido. Nadie nos molesta con sus curiosos, podemos dar a ese americano todo lo que se ha ganado.

Sorprendido, Stevenson contempló a los dos matones del Skorpion. Advirtió que hablaban, pero sus voces no llegaban claras a sus oídos. Comprobó que la pistola era enfundada de nuevo, e intuyó que un peligro aún mayor se cernía sobre él.

Tensó todos los músculos de su cuerpo y, sacando fuerzas de flaqueza, inició el avance hasta la arcada. En el interior de ésta se hallaba su única salvación.

Hans regresó del automóvil movido por un motor diesel. En sus

manos llevaba un bidón.

—Prepárate, vas a recibir una ducha de un líquido casi tan parecido como el oro —rezongó en voz alta para que le oyera el periodista.

Stevenson vio cómo uno de sus enemigos desenroscaba el tapón del bidón con sibaritismo. Acto seguido, el líquido cayó vertical sobre su cuerpo, empapándole hasta que los cinco litros desaparecieron del recipiente.

—Ahora, el bidoncito al río, ya no hace falta —dijo Hans con la mayor simplicidad del mundo, arrojándolo por el pretil.

Stevenson captó el desagradable contacto del líquido e inmediatamente lo identificó como gasolina. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Al comprobar que ya no caía más y que su sombrero tirolés estaba lleno de carburante, pues había empapado la mayor parte, se sujetó fuertemente con la diestra. Soltó la zurda por breves instantes y de un manotazo arrojó el sombrero al río. Desearía hacer otro tanto con el abrigo, mas era materialmente imposible.

Con la fiereza y voluntad que daba la desesperación, olvidó sus primeros minutos de flaqueza y avanzó hacia el gran pilar de la arcada, constituido en gran parte por bloques pétreos que cubrían el almacén de hierro.

Karl levantó la tapa de un sobre de fósforos y arrancó uno con movimientos estudiados.

—Vamos, date prisa y acabemos cuanto antes —apremió Hans.

—Aguarda, quiero que le falte poco para llegar a la arcada. ¿No ves el empeño que tiene?

Faltaba apenas un metro para que Stevenson consiguiera su propósito. Intuía que los delincuentes estaban esperando hasta el último momento para convertirlo en una antorcha que se apagaría al estrellarse en la corriente del Danubio. Más aún no se daba por vencido, lucharía hasta el fin.

Karl frotó la cabeza roja del fósforo. Una llama vacilante produjo una ilusión inusitada en el rostro del gigantesco hampón.

La miró un instante y la arrojó por encima de la baranda hacia donde estaba Stevenson, casi palpando la única posibilidad de salvarse.

Una mueca de decepción se reflejó en las caras de los sádicos. El

viento había apagado la cerilla antes de descender la mitad de distancia que le separaba de su víctima.

—Será mejor utilizar la «Luger» —gruñó Hans hundiendo la mano en la axila.

—Espera, probaré con otra.

Un nuevo fósforo fue arrojado con la intención de que prendiera el abrigo del reportero, mojado de gasolina. El criminal deseo tampoco se cumplió.

El aire, una vez más, fue la salvación del norteamericano que, jugándose el todo por el todo, efectuó una violenta contracción y seladeó a la izquierda. Sus manos, como garfios, aferraban una viga del interior de la arcada. Su cuerpo se balanceó totalmente en el aire.

Sus dedos se mancharon de sangre, las uñas se partieron, los nudillos blanquearon hasta lo inverosímil. Guando ya la caída semejaba inevitable, sus pies hallaron el codiciado punto de apoyo en uno de los bloques pétreos que cubría el pilar.

—¡Saca la pistola y tírale, tírale! —apremió Karl, excitado, temiendo que el periodista pudiera salvar su vida.

—Demasiado tarde... Se ha colocado debajo y sería inútil; sólo conseguiríamos llamar la atención. Veremos qué dice Kakerlak de todo esto.

## CAPÍTULO XII

—Éste es el mejor abrigo color canela que tenemos —explicó, muy atento, el dependiente de la lujosa sastrería.

—Me gusta y se parece bastante al que he perdido —aceptó Stevenson, probándoselo ante el espejo.

El empleado alisó con las manos las posibles arrugas.

—Ahora, tráigame el sombrero que le he dicho.

—Si me hace la bondad de esperar unos segundos, el botones no tardará en llegar.

Stevenson miró la hora en su reloj de pulsera e hizo un gesto de impaciencia. Para pasar el tiempo, se movió ante el espejo, comprobando las medidas del abrigo, muy similar al que Karl y Hans le empaparan de gasolina con el deseo de quemarle vivo.

—Señor, aquí traen el sombrero.

Un botones entregó al dependiente el sombrero tirolés en el que destacaba una pluma roja. Éste se lo tendió al periodista, que se lo puso dando el visto bueno.

—Páseme la factura.

—¿A domicilio o paga en el acto?

—Ahora mismo le firmaré un talón.

Satisfecho de la compra, salió a la calle. Frente a la tienda estaba su «Mercury» y, junto a la portezuela abierta, el mecánico que se lo había traído.

—Le ha quedado el coche como nuevo y lo hemos limpiado de arriba abajo.

—¿Cómo están los frenos?

—Hemos llenado el circuito con líquido importado de su país; es norteamericano —repuso el mecánico, con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes irregulares.

—De acuerdo.

Extrajo seis billetes y se los entregó, incluyendo en ellos la propina.

El «Mercury» conducido por el periodista circuló, hábil, entre el farragoso tráfico de la populosa Viena a las doce del mediodía. Al llegar ante la cafetería Halsblinde, se detuvo.

—Esperemos que no haga mucho rato que aguarda, las mujeres todavía soportan peor que nosotros los plantones.

Entró en el local e inmediatamente descubrió a Hanelore, sentada sobre uno de los altos taburetes que circundaban la barra, atrayendo sobre sí muchas miradas masculinas.

—Creí que no ibas a venir, he tomado ya dos martinis —protestó ella a modo de saludo, pero sin borrar la sonrisa que lucían sus labios carnosos y pintados de rojo, contrastando con la tez blanca y el rubio paja del cabello echado hacia atrás.

—Perdona, no he podido llegar antes. Ya te he avisado por teléfono de que tardarían un poco en arreglarme el «carro».

—Vaya, la pluma de tu sombrero se ha vuelto roja.

—No es que me desagradara la verde que tú me regalaste, si no que mi tirolés parece el barómetro de los malos ratos que paso, ya que lo he vuelto a perder.

—¿Qué te ha sucedido? Veo que también te has quitado las gafas.

—La hinchazón ha bajado bastante, apenas se nota. Lo que me ha ocurrido es que... —A grandes rasgos le explicó lo sucedido la noche anterior; terminó diciendo—: He llamado esta mañana al comisario para contarle todo esto.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que lo deje todo de su cuenta y no me preocupe de nada, que él dará su merecido a ese par de gorilas que tienen tan cariñosas intenciones. Lo que lamento de veras es la noticia que él me ha comunicado.

—¿El asesinato de Nancy? —preguntó Hanelore, mientras su rostro adquiría una palidez dolorosa.

Stevenson le cogió una mano y se la oprimió suavemente, infundiéndole fuerza y cariño.

—Para mí ha sido algo muy desagradable, el asesinato de una chiquilla es un acto horrible desde todos los puntos. Además, era

compañera de mi hermana y, en el fondo, ella me iba a descubrir el nombre del criminal. Claro que a ti te habrá sabido aún peor todo esto; las chicas del *ballet* han de ser un poco como tus hijas o, como mínimo, hermanas menores, a las que toda mujer desea cuidar.

—Gracias, Robert —dijo ella con una sonrisa forzada, intentando alejar los malos recuerdos.

—Camarera sírrame un café bien cargado —pidió el americano.

Hubo una pausa. Stevenson le alargó un cigarrillo y colocó otro entre sus labios, prendiendo fuego a los dos. El café humeante quedó ante él.

—Siento tener que ahondar de nuevo en lo mismo, pero es preciso que hagas un esfuerzo, y me expliques lo que pasó ayer en el teatro. Hermann sólo me ha hablado de la muerte, nada más.

—Tienes interés en dar con el paradero del asesino de la navaja, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Ayer, en el escenario, Giorgio estaba ensayando de mal humor un *ballet* que ha de ponerse en escena próximamente. La sala estaba vacía y entre bastidores sólo nos hallábamos algunos amigos y parientes de las chicas, Wolfgang, el administrador, los tramoyistas, pues se ensayaba con todo el decorado, y yo, por supuesto. Nancy fue avisada por Giorgio, pues la chica parecía algo torpe.

—¿Se le acercó alguien?

Hanelore semejó meditar, luego respondió:

—Ahora que recuerdo, cuando llegaron el comisario Hermann y Walter Tabor, ese hombre tan exageradamente delgado, Nancy les miró mucho y se puso tan nerviosa que poco después era empujada por otra compañera, cayendo al suelo. A partir de ese instante, Giorgio dio descanso. Poco después se produjo un apagón general de luz, seguramente provocado por el asesino, ya que los fusibles, según el técnico desaparecieron misteriosamente.

—¿Qué pasó entonces?

—Lo normal donde hay muchas chicas. Tras el apagón, muchos gritos y nadie se enteró de nada en particular. Al encenderse la luz, se reanudó el *ballet* y Giorgio notó la falta de Nancy. El comisario propuso buscarla y alguien señaló hacia la concha del apuntador. El propio Hermann, mirándonos con esas horribles gafas que lleva, encontró a Nancy asesinada, de igual forma que a Betty. Después,

nos interrogó a todos, pero no sacó nada en limpio a juzgar por su mal humor y no sé qué dijo que había dos asesinos de la navaja.

—Es que el primer crimen, el de la chica del parque Waldmüller, fue cometido por un asesino pasional que murió acribillado a balazos por la policía dentro de la cloaca. Dejando esto aparte, creo que el comisario recrudecerá sus interrogatorios en cuantos ayer presenciaban el ensayo. También buscarán a ese joven austríaco que me siguió y que parece sospechoso. Todas estas pistas están acotadas por Hermann y sería inútil por mi parte profundizar en ellas. Tengo un plan mejor.

—¿Cuál? —inquirió, lacónica, mirándole con sus pupilas maravillosamente verdes.

—En el *ballet* solamente había tres americanas: Betty, Nancy y Nathaly. De ellas, sólo Nathaly sobrevive. Es lógico suponer que al ser compatriotas y hablar el mismo idioma se contaran sus secretos. Mi hermana sabía algo que nosotros ignoramos y por eso, o por no acceder a algunos propósitos inconfesables, murió. Por lo visto, Nancy conocía algo o quizá trataba de ser forzada en algún aspecto. Murió antes de que yo acudiera en su ayuda y ahora queda Nathaly, la tercera.

—¿Quieres decir que puede ser asesinada, igual que sus amigas?

—Ojalá me equivoque, pero tengo ese temor.

—Hemos de ir corriendo en su ayuda o, al menos, obligarle a que nos cuente lo que sepa —musitó Hanelore, muy preocupada.

—¿Puedes acompañarme a verla? Me agradaría charlar con Nathaly, creo que guarda la clave del enigma.

—Sí, vamos a la residencia; está a las afueras. Yendo conmigo te dejarán charlar con ella; sólo a Giorgio, como hombre, le está permitido entrar en la residencia, ya que es el maestro de las bailarinas.

—Apresurémonos; hasta que no vea a la chica no estaré tranquilo.

Mecánicamente, Stevenson se tomó el café, ya frío. Pagó y salieron de la cafetería.

El «Mercury» no tardó en dejarles ante el edificio lujoso y de grandes espacios abiertos con jardines.

Varias pupilas femeninas asomaron entre las persianas, escrutando al, según ellas, espléndido ejemplar de hombre. Los

cuchicheos no llegaron hasta oídos del reportero que, acompañado de Hanelore, entró en el edificio.

Una monja de aspecto severo les recibió.

Nathaly no tardó en aparecer, vestida con una sencilla blusa blanca y una falda azul. Parecía cohibida y un tanto temerosa. Era una chica de estatura mediana y atrayente figura, elástica, pero de curvas rotundas. Sus cabellos lacios y rubios cubrían sus hombros y los ojos eran intensamente azules.

—Nathaly, éste es el señor Robert Stevenson; creo que ya le conocerás.

—Sí, es el hermano de Betty —asintió la muchacha, estática como si sus pies se hubieran clavado en el pavimento.

—Me alegra de que ya me conozcas, así será más fácil la entrevista. Ante todo te diré que necesito conseguir dos cosas al hablar contigo.

—Es inútil que me pregunte, ignoro quién mató a Betty y a Nancy —le cortó la joven, sombría.

Hanelore objetó:

—Sé comprensiva, sólo deseamos ayudarte.

—Los policías ya me han interrogado bastante y les he contestado que no sé nada. Si lo supiera, sería la primera en hablar.

—Nathaly, ¿no te das cuenta de que puede pasarte lo mismo que a Nancy y Betty? —aseguró Hanelore, deseosa de impresionar a su pupila para que reaccionara.

—¿A mí, por qué habrían de matarme? Yo no he hecho nada ni sé nada.

—Mira, Nathaly, un criminal anda suelto.

—Que lo coja la policía. ¿Es usted policía, acaso?

—No, pero...

Nathaly no dejó terminar a Stevenson.

—Entonces, deje que sea la policía quien lo busque y no me comprometa más en este asunto. Todos hacen preguntas, preguntas, preguntas...

Sin poder contenerse, la muchacha cayó en una excitación nerviosa que culminó en un llanto entrecortado. Hanelore le rodeó los hombros, obligándola a sentarse en el sofá.

—Vamos, vamos, pronto se aclarará este misterio y dejarán de molestarte.

—¡Es que me preguntan siempre, como si yo supiera algo! —se quejó entre sollozos.

—Nosotros deseamos ayudarte y es preciso que si sabes algo lo digas, a menos que prefieras que el asesino siga suelto y acabe contigo también —dijo el hombre, deseoso de provocar aún más la crisis histérica para que Nathaly acabara derribando la barrera que parecía sostener y confesara algo que estaba seguro callaba.

—¡No sé nada, no sé nada! —gritó, dejando escapar gruesas lágrimas de sus ojos grandes y azules.

Hanelore pidió silencio al reportero con una seña para que no excitara más a la muchacha. En aquel momento apareció una religiosa, alarmada por los llantos de Nathaly.

—Hace días que está sometida a ensayos intensivos; además, lo ocurrido a sus dos amigas más íntimas le ha causado honda impresión —se excusó Hanelore.

—Pobre chiquilla. Anda, ven conmigo y haré que te preparen una tisana.

Sin oponer resistencia, Nathaly se dejó llevar por la monja, deseosa de escapar al interrogatorio particular de Stevenson y Hanelore.

La pareja quedó a solas en la estancia. El hombre, mirando sombrío hacia la puerta, susurró:

—Nathaly esconde algo que no quiere revelar.

—¿Qué puede ser?

—Lo ignoro, pero acabaré por averiguarlo. Está sometida a una presión que la obliga a callar. Si pudiéramos hacerle comprender que aunque dijera la verdad no iba a pasarle nada...

\* \* \*

Adolph Hermann, acompañado de su inseparable Walter Tabor, atravesó el escorpión que hacía las veces de puerta y penetró en el local. Con paso seguro y firme, ambos se acercaron a la barra.

—Dile al patrón que Hermann quiere verle.

El barman miró a los policías y con falsa cordialidad saludó:

—Oh, buenas tardes, comisario, no le había visto entrar.

—No seas tan inocente y haz lo que te he dicho.

—Ahora no está. Si telefonean más tarde, el patrón les dirá

cuándo pueden encontrarse.

Hermann movió sus pupilas, invisibles tras las gafas redondas, y silabeó:

—En mi despacho tengo unos papeles algo polvorientos; si los sacudo, puedes pasar una temporada a la sombra. ¿Qué te parece, llamas a Kakerlak o desempolvo cierto expediente?

—Un momento, veré si está; le he visto salir.

El barman se acercó a un dictáfono oculto bajo la barra y la voz del patrón no tardó en oírse a través del pequeño altavoz.

—¿Qué pasa, Bush?

—Están aquí Hermann y Walter Tabor, que desean verle. He tratado de largarles, mas no parecen dispuestos a marcharse.

—Hazlos subir.

Bush hizo una seña con la cabeza y los dos policías rodearon la barra. Dando la espalda a la sala se introdujeron por una puerta angosta que conducía a una escalera de caracol ascendente.

A dos metros del piso se abría otra puerta que daba a las dependencias particulares de Otto Kakerlak, que les aguardaba con una sonrisa en sus labios caídos.

—¿Qué trae por aquí a mis dos buenos amigos, defensores de la ley y la justicia, tan necesarias en estos tiempos en que vivimos?

—Y usted que lo diga, Kakerlak.

—Tomen asiento y acepten estos cigarrillos, Kakerlak invita.

El propietario del Skorpion se quedó con los pitillos en la mano. Sólo el agente inició un movimiento en su busca, pero la mirada severa que captó en los ojos de Hermann, a pesar de las gafas, le contuvo. Hermann se encaró con Kakerlak y puntualizó:

—No hemos venido a divertirnos, estamos en acto de servicio.

—No querrán detenerme, ¿eh? Soy un ciudadano que cumple con su deber y no omite sus cuentas al fisco.

—No vengo a detenerle, todavía. Me interesan dos gorilas llamados Hans y Karl, ya sabe a quiénes me refiero.

—Ah, sí, claro, eran grandes clientes de la casa.

—¿Eran? —preguntó Walter Tabor, sorprendido.

Kakerlak soltó una risita de conejo; se sentó sobre la mesa y sus piernas flácidas y huesudas se balancearon en el aire. Su calvicie sonrosada brilló intensamente.

—Esta mañana han venido a despedirse de mí, pues éramos

grandes amigos. Creo que han cogido un avión rumbo a Suiza y tardarán bastante en volver.

—Esta partida la ha ganado usted, ya que sus secuaces han huido, pero le advierto que al primero que vuelva a interponerse en el camino de Robert Stevenson le preguntaré unas cuantas cosas y no de muy buenos modos. Se esconde mucha suciedad en su local y más tarde o más temprano meteremos un poco de insecticida para que las alimañas queden patas arriba.

—Por favor, comisario, no vaya a perder sus modales, siempre tan refinados. Aquí sólo se reúnen unos cuantos artistas que desean entretenerse y algún que otro provinciano que quiere tirar una canita al aire en uno de mis reservados.

—¿Está seguro de que sólo esconde chicas en los reservados? — Se produjo un silencio forzado ante el interrogante de Hermann y éste prosiguió—: No le molestamos más, únicamente veníamos por los gorilas y ahora tendremos que dejar el zoo vacío; no obstante, nos marchamos, advirtiéndole que Stevenson será protegido. Es un hombre audaz que puede conseguir lo que a nosotros nos está vedado por estar obligados a respetar la ley en todos los aspectos.

—De acuerdo, comisario, no se le tocará un solo pelo a su niño.

Los representantes del orden le observaron despectivos y abandonaron el local.

## CAPÍTULO XIII

Cubierta con un abrigo azul como sus ojos, Nathaly llevaba sobre el cabello un gorrito de lana celeste. Con cierta tristeza se despidió de la monja que la acompañó hasta la puerta. La chica llevaba en su mano un bolso conteniendo lo más imprescindible.

—Ahora que han pasado estos días de agobio y que además se han suspendido las representaciones, debes cuidarte mucho no vayas a caer enferma de verdad.

—Descuide, hermana, me cuidaré. Dentro de dos o tres días estaré de vuelta; es imprescindible que me visite el médico suizo y me cure estas varices que nacen en mis piernas; podrían ser perjudiciales para mi carrera.

La joven salió a la calle. Un taxi esperaba frente a la residencia para señoritas y antes de que llegara a él la portezuela se abrió. Sin detenerse, penetró en su interior.

—Creí que no ibas a salir nunca —se quejó Giorgio, que aguardaba sentado en el vehículo—. ¡A la estación central!

El coche emprendió la marcha. Nathaly, sorprendida, miró al maestro.

—¿No íbamos en avión?

—No he encontrado plazas; en el tren también llegaremos rápido.

La joven no se atrevió a preguntar más y el trayecto hasta la estación se realizó en silencio.

Se apearon del taxi. El italiano cogió el bolso, y ambos se mezclaron entre el gentío de los grandes andenes donde los esquís, a docenas, elevaban sus puntas corvas hacia el techo. Era un buen tiempo para practicar el deporte invernal, no en vano la nación austríaca contaba con montañas propicias para ello.

Giorgio la hizo subir a un convoy que no tardaría en efectuar su salida. Por el interior del vagón, un empleado les condujo hasta un departamento reservado de antemano, dejándolos solos hasta llegar a Semmering.

—¿No me lleva a Zurich? —inquirió, perpleja.

—No, en Sonnewaldstein lo pasaremos mejor. Es una estación invernal de primer orden, ya verás. Te compraré un equipo de esquí y disfrutaremos mucho; tus varices no tienen importancia.

A pesar de sus dieciséis años, Nathaly poseía una energía innata y le miró furiosa. Con un movimiento brusco, trató de alcanzar la puerta que permanecía cerrada. Giorgio sonrió, muy dueño de la situación. Se interpuso ante ella y preguntó suavemente:

—¿Qué pretendes, bambina?

—Quiero volver a la residencia.

—Imposible, el tren ya está en marcha.

La chica giró su cabeza cubierta con el gorrito de lana y advirtió que, en efecto, el convoy iniciaba su avance. En el andén quedó una amalgama de personas que habían ido a despedir a los viajeros.

Ante la imposibilidad de huir, se llevó las manos al rostro, como tratando de contener la amargura que sentía en aquellos momentos. Después, se dejó caer sobre el asiento con una actitud de aplastante resignación.

—Así me gusta, que vayas comprendiendo. Te divertirás mucho, te lo prometo. Primero, pasaremos por una ciudad llamada Semmering; después nos dirigiremos a Maria Schutz, que sólo está a unos ochenta kilómetros de Viena, y allí montaremos en el telecabina que nos llevará ochocientos metros más arriba, a Sonnewaldstein. Es una estación de montaña preciosa; verás cómo te gusta. Se hacen allí muchas fiestas.

—Yo no quiero ir a ninguna fiesta; además, soy muy joven y no me dejarán entrar —respondió, lacónica, con afán de destrucción. Sus pupilas estaban clavadas en el suelo, evitando mirar el rostro del hombre que tanta repulsión le inspiraba en aquellos momentos.

—Por eso no te apures, aparentas más edad. Diremos que tienes dieciocho y podrás entrar en todas partes, ya lo verás.

—Por favor, déjeme regresar a Viena —suplicó Nathaly cuando a través de la ventanilla se divisaba ya la campiña austríaca, ofreciéndoles el magnífico espectáculo de grandes extensiones de

tierra y árboles cubiertos por la nieve. El tren seguía veloz hacia Semmering.

—¿Irte? Oh, no.

Giorgio se sentó a su lado y la abrazó. La muchacha temblaba pese a que en el reservado la calefacción funcionaba a toda marcha. Buscó los ojos azules, pero Nathalyladeó su rostro hacia la ventanilla, rehuyendo el cruce de miradas.

—No quiero hacer nada, no he hecho nunca nada, no quiero que me toque...

—Vamos, vamos, cualquiera diría que se va a acabar el mundo. Cada día, miles de chicas ofrecen al hombre que las toma su cosa más estimada.

—Búsquese a otra.

—No querrás que me enfade contigo, ¿eh? No pretendo que me ames, pero sí que seas alegre y complaciente. Ya te he hablado varias veces de lo que siento por ti. Me gustas y, si accedes a mis deseos, te prometo que serás la primera bailarina de mi *ballet*. En todas las capitales, con grandes rótulos luminosos, leerás: «NATHALY COOPER, LA PRIMERA BAILARINA DEL *BALLET* DEL GRAN GIORGIO». Será tu triunfo y, cuando tengas un par de años más, serás la profesional mejor pagada del mundo.

La muchacha se encaró con el hombre. Angustiada, musitó:

—Haré todos los esfuerzos necesarios para conseguirlo; pídamе ensayos, trabajo, pero no me lleve a Sonnwendstein.

—Imposible. Para llegar a primera bailarina debes conocerme más a fondo y te prometo que no te arrepentirás. Si no accedes a seguir adelante, te devolveré a Estados Unidos enviando una carta a tus padres y al Ayuntamiento que te ha pagado la beca, indicándoles ciertos desvíos de tu moralidad.

—Eso es mentira, yo nunca he hecho nada.

—Por eso me gustas y deseo ser yo quien rompa tu virginidad. No temas, si eres buena conmigo nadie sabrá nada. ¿Qué escoges, el éxito, la fama, ser la primera bailarina o regresar a tu ciudad para ser criticada por todos?

Nathaly bajó la cabeza.

—Usted gana, estoy en sus manos —musitó.

—No me llames más de usted cuando estemos a solas —dijo Giorgio, satisfecho.

Ella asintió con la cabeza. El, impulsivo, trató de besarla, pero la joven se apartó, suplicando:

—No, no, todavía no...

—Está bien, esperaré a que estemos solos en la habitación que he reservado en el hotel para los dos.

Nathaly se dejó caer en el rincón y sollozó con amargura. Se sentía débil e indefensa ante el hombre que la acorralaba, dispuesto a satisfacer sus propósitos.

El tren se detuvo en Semmering y ambos se apearon.

En la estación, la nieve había sido apaleada, pero fuera de ella existía un manto que sobrepasaba los sesenta centímetros. Fueron a Maria Schutz por carretera y, como no llevaban zapatos adecuados, pasaron directamente a la telecabina que, accionada por el cable de tracción, les fue ascendiendo a Sonnwendstein.

Bajo sus pies, pistas de nieve atravesando los bosques, formando magníficas pendientes para el deleite de los esquiadores. Eran cuatro kilómetros en un desnivel de ochocientos metros que podían ser cubiertos en quince minutos de deslizamiento.

Nathaly admiraba tanta belleza como aparecía ante sus ojos con el ceño fruncido. Los esquiadores que se divertían deslizándose le resultaban odiosos; disfrutaban de la vida mientras ella sufría lo indecible. Casi hubiera preferido que la cabina donde iban metidos se desprendiera, cayendo al vacío.

Las hélices de un helicóptero ligero, pintado de color naranja, producían un ruido ensordecedor que llamó su atención. La libélula metálica, puesta al servicio de la estación invernal, vigilaba cualquier posible accidente que pudiera ocurrir, yendo de un lado a otro de las montañas.

Se apearon de la telecabina y Giorgio la condujo al hotel. En la conserjería dio su nombre, pues había reservado la habitación desde la propia Viena. Un botones les condujo inmediatamente a una *suite* doble de elegante aspecto.

Giorgio sonreía satisfecho mientras a Nathaly le temblaban las rodillas.

El hombre despidió al botones con una propina. Luego, se acercó a la chica.

—Bambina, cuando dos recién casados se quedan como nosotros, dicen «al fin solos»; yo podría exclamar lo mismo.

—Nosotros no estamos casados.

—No seas tonta. Me quitaré el abrigo y tú harás lo mismo; después pediré una botellita de *champagne* para que celebremos el triunfo que vas a tener de hoy en adelante. Verás qué bien lo pasamos.

Nathaly no se quitó el abrigo, todo lo contrario. Con las manos crispadas lo cerró aún más. En su cara había una actitud firme y resuelta. Giorgio se aproximó e intentó tomarla en sus brazos, pero la joven corrió hacia la puerta deseando huir. El hombre la sujetó, repentinamente molesto.

—¿Qué es esto? No te habrás arrepentido, ¿eh?

—¡Sí, sí quiero marcharme, no puedo estar ni un segundo más aquí!

—Déjate de niñadas.

—¡No, suélteme, suélteme! —gritó, decidida a abandonar su carrera antes que ceder a los deseos de Giorgio.

Por contra, el hombre se sintió más excitado e inició una lucha desesperada. La abofeteó hasta hacer saltar sangre por la boca todavía pura de Nathaly Cooper.

—¡Ahora aprenderás! ¡Serás mía, quieras o no! Para eso te he traído aquí.

Nathaly, llorando convulsivamente, no cejaba de forcejear, mientras el hombre intentaba arrancarle el abrigo.

—¡Cuando Giorgio quiere una cosa, la consigue! —aseguró, febril, con el aliento entrecortado y los ojos enrojecidos.

De súbito, la puerta de la habitación se abrió. Bajo su marco apareció la figura atlética de Robert Stevenson.

Sus ojos contemplaron con odio al italiano que, al verle, quedó petrificado, mas no soltó a Nathaly, que sollozaba bajo él.

—¡Pagarás caro lo que has hecho y lo que intentabas hacer!

—¡Fuera, fuera de aquí, no puede meterse donde no le importa!

—¡Sólo por esto puedes pasarte mucho tiempo entre rejas, pero pagarás por mucho más, asesino!

—¿Está loco? —Gruñó, feroz, soltando a la muchacha, que se desplomó sobre el suelo enmoquetado.

Stevenson se abalanzó sobre Giorgio, propinándole un puñetazo en el pecho que le proyectó hacia atrás. Por unos instantes, el impacto le hizo toser.

—¡Antes de que pases a manos de Hermann te voy a machacar con mis puños!

Stevenson volvió a la carga, dispuesto a recrudecer la paliza. Mas se encontró con la primera sorpresa desagradable al fallar su segundo intento, dirigido ahora al mentón del italiano.

Movido por el resorte de sus músculos, largamente cuidados para la danza, Giorgio se apartó, saltando sobre una mesa. Stevenson trató de alcanzarlo, pero Giorgio, mucho más ágil, le castigó con un puntapié en pleno estómago que le sentó como la coza de un mulo y le cortó la respiración unos segundos.

El italiano aprovechó para huir de la habitación.

Stevenson se repuso de la patada, percatándose de la fuerza que podía esconder un bailarín. Corrió hacia la puerta, dejando tras sí a Nathaly.

—¡Maldita sea, ha cerrado la puerta, tendré que derribarla! — exclamó, rabioso.

Mientras él rodaba por el suelo, Giorgio había tenido tiempo de escapar y cerrar por fuera. Stevenson convirtió su propio cuerpo en ariete y, al segundo empujón, la hoja de madera fue derribada.

Voló hacia el vestíbulo y casi se tropezó con el agente Walter Tabor que, al verle tan excitado, le salió al paso.

—¿Qué ocurre?

—¡No me haga perder tiempo, el asesino de la navaja es Giorgio y acaba de huir!

Tras la explicación, Stevenson dio velocidad a sus piernas y llegó a la portería. Al no ver a Giorgio por ninguna parte, preguntó al conserje:

—¿Ha visto salir a un tipo con mucho pelo y un jersey verde?

—Ha cogido un par de esquís y creo que ha ido en dirección a las pistas de descenso.

Sin dar siquiera las gracias, el americano se hizo con otro par de esquís que estaban derechos junto a la pared y emprendió la persecución, dejando boquiabierto al portero, guardián de los esquís pertenecientes a un huésped del hotel.

—¡Eh, no se los lleve, éstos no son de alquiler!

## CAPÍTULO XIV

—He esquiado pocas veces, pero Giorgio no se me escapará — masculló Stevenson entre dientes.

Había olvidado el frío y no veía el bellissimo paisaje. Un ardor intenso inundaba su cuerpo mientras sus ojos notaban a faltar las gafas ahumadas que le regalara Hanelore.

No le gustaba la endeble seguridad que le ofrecían los esquís al no poder sujetarlos bien a sus zapatos con los muelles correspondientes. A sus tacones les faltaba la ranura adecuada y montó el muelle encima del cosido.

«A Giorgio le pasará lo mismo que a mí —pensó—. El primero que pierda el esquí, será vencido. Los dos nos jugamos los tobillos, pero no me importa rompérmelos, con tal de atrapar a ese cerdo».

Vio como el italiano, a una distancia considerable, se detenía ante la pista casi vertical en la que pocos deportistas se aventuraban por su riesgo y descenso excesivamente rápido. Mas Giorgio clavó los palos en la nieve y emprendió el deslizamiento.

A su vez, Robert clavó los palos con rabia y se impulsó hacia adelante. Deseaba alcanzar el máximo de velocidad en el peligroso descenso. Dos estelas de polvo nieve se elevaron tras los esquís, que pronto sobrepasaron los setenta kilómetros hora, en la empinada pista.

El italiano, no acostumbrado a aquel deporte, se vio obligado a zigzaguear para recobrar el equilibrio que estaba a punto de perder.

Stevenson mantuvo una línea recta y saltó por encima de los desniveles, jugándose a cada instante la fractura de todos sus huesos. Sabía que, a cualquier tropiezo, sus tobillos, faltos de protección, se quebrarían.

A Giorgio le ocurría otro tanto y la persecución continuaba

encarnizada cuando se introdujeron en un bosque de abetos que cruzaba la pista en su mitad.

La nieve se pegó a sus cejas y pestañas. Se había levantado una ligera ventisca y, en sus oídos, el viento zumbaba, helándoles las orejas.

Un cruce de corrientes de aire, procedentes de un valle cercano, estuvo a punto de derribar a Robert, mas sólo consiguió arrancarle su estimado sombrero tirolés.

El italiano siguió perdiendo terreno en la vertiginosa carrera que había de llevarle a la muerte o a la libertad.

En el cielo apareció el helicóptero de servicio con el sonido ensordecedor de sus aspas. En la cabina plastificada, junto al piloto, Walter Tabor señaló a los dos improvisados esquiadores. Con sus peculiares movimientos, el aparato evolucionó perdiendo altura y avanzó hacia la línea descendente de la pista, intentando interponerse en el camino del bailarín.

A pesar de la inesperada ayuda del helicóptero, Stevenson no abandonó la persecución y se impulsó con los palos, poniendo fiera en cada uno de sus gestos. La nieve semejaba engullirlo a cada instante y los esquís producían un chasquido cada vez que cruzaban hielo o escarcha.

A lo lejos, como hundido en un abismo, se divisaba María Schutz.

Giorgio miró hacia arriba y advirtió la presencia del helicóptero. Comprendió la maniobra de éste en su deseo de interponerse entre él y la posible huida y se inclinó a la derecha para introducirse en el valle y esconderse, pues comprendió que llegar al pueblo ya no le ofrecía ninguna ventaja.

Desde la cabina, Walter Tabor le hizo senas para que se detuviera, pero el italiano hizo caso omiso de ellas. Robert le seguía a menos de cincuenta metros e, inesperadamente, fue testigo de la tragedia.

En su inquietud por vigilar el aparato, Giorgio descuidó su dirección. De súbito, un abeto gigantesco surgió en su camino. No tuvo tiempo de esquivarlo, y quedó materialmente aplastado contra el tronco.

Con varios movimientos bruscos, saltando en sentido horizontal, Stevenson logró detener su marcha. Despacio, por la incomodidad

que representaban los esquíes, se acercó al cuerpo inerte, detenido bruscamente en su descenso y en su vida.

El helicóptero se posó en el suelo y Walter Tabor saltó de él, corriendo al lugar del suceso. Stevenson, que había llegado primero, le mostró el rostro destrozado del bailarín.

—Ha muerto. Ha escapado a la justicia del mundo, pero no a la del destino.

\* \* \*

En el interior del despacho de la comisaría vienesa, Adolph Hermann observó a la pareja formada por el periodista y Hanelore Pühler.

—¿Se dan cuenta de cómo la justicia se cumple de un modo u otro? Fue una buena josa mantener discretamente vigilada a Nathaly; ahora ya no podrá decir que su hermana no ha quedado vengada.

La mujer miró a Stevenson y sonrió, satisfecha.

—Sí, ahora tendré que dejar de hacerles la competencia y dedicarme más a la estilográfica y al magnetófono —asintió Robert, golpeando cariñosamente el magnetófono de transistores que colgaba de su hombro y que había sido su compañero de trabajo desde que llegara a Austria.

—Hum, no crea que lo voy a dejar demasiado suelto —objetó Hanelore con ademán mimoso.

—Si se casan, mi enhorabuena por adelantado, y espero que me inviten a la boda.

—Usted y Walter no faltarán —concretó el americano.

Había una atmósfera de alegría y satisfacción en el despacho policial. El agente Walter señaló, divertido, el sombrero que Stevenson sostenía en su mano.

—¿No era roja la pluma de su tirolés?

—Verá, perdí el de la roja en Sonnwendstein y Hanelore me ha vuelto a comprar uno con la pluma verde. Está comprobado que las mujeres siempre se salen con la suya.

Una ligera carcajada afloró a las gargantas de los policías y la muchacha oprimió con fuerza el brazo del hombre que se despidió.

—Ustedes tendrán mucho trabajo y nosotros también, ¿verdad,

Hanelore?

—¡Que se diviertan! —deseó Hermann, tendiéndoles la mano, sin dejar contestar a la mujer, que carraspeó significativamente. Después, tendió a Walter Tabor una carpeta que tenía ante sí y dijo —: Que la archiven. El expediente del asesino de la navaja está terminado.

La pareja abandonó la comisaría. En el llamativo «Mercury» atravesaron la ciudad en dirección al apartamento de Hanelore. Stevenson hizo rodar el auto con habilidad y, sin mirar a su compañera, dijo:

—Cuando quieras, podremos casarnos.

Ella dudó un instante; acercándose más, objetó:

—Esperaremos algún tiempo, si no te molesta. Mis padres están lejos y siempre han dicho que querrían asistir a mi boda.

—¿Y dónde viven tus padres?

—En Australia —respondió con aire compungido.

El hombre soltó una carcajada.

—Bueno, mientras iré haciendo prácticas.

Aparcaron en la calle Tiergarten. Cuando se disponían a entrar en el portal, Hanelore se dio una palmada en la frente. Le entregó el llavín del apartamento y advirtió:

—Ve subiendo, voy a comprar unos fiambres y una botella de *champagne* para celebrarlo.

—De acuerdo, no tardes.

Stevenson subió la escalera y franqueó la entrada de la vivienda. Tiró su abrigo y el sombrero sobre una butaca y, con cuidado, depositó el magnetófono sobre una mesita baja. Se desperezó con voluptuosidad y se dejó caer sobre el sofá.

El timbre del teléfono sonó estridente, llamándole la atención. Lo miró intrigado y después, con la ironía del jugador de ventaja, se acercó al aparato, rezongando:

—Me quiere gastar una broma, pero se la voy a gastar yo a ella y subirá a escape.

Descolgó el auricular, simuló una voz femenina y musitó:

—¿Diga?

La sorpresa la recibió él al escuchar al otro lado del hilo una voz masculina, evidentemente cascada, que, con jocosidad, dijo:

—Te felicito, Hanelore, te ha salido todo tan bien que le han

cargado el mochuelo a Giorgio y ése seguro que ya no abre el pico... Te tengo preparada una nueva remesa de *brown-sugar*. ¿Me oyes?

Robert, petrificado, no respondió. Colgó el auricular de un modo brusco y aguardó unos segundos. Volvió a descolgar para que la llamada se repitiera al creer que el teléfono estaba comunicando.

Hanelore llegó al segundo piso cargada con diversas latas de conserva y dos botellas, una de *champagne* y otra de *whisky*. Iba a llamar al timbre, pero se encontró la puerta entornada. Pasó al interior del apartamento, cerró con el pie y entró en el saloncito donde estaba Robert, sentado en el sofá.

Su ceño estaba fruncido, las pupilas azules achicadas y sus labios prietos en un rictus de amargura. En su frente destacaban unas finas arrugas que lo envejecían prematuramente. Ante aquella actitud hosca y amenazadora la joven dejó las latas y las botellas sobre la librería y se acercó a él.

—¿Qué tienes, Robert, ha sucedido algo?

—Si no quieres que te ponga las manos encima, cállate.

Era tan ronca la voz del hombre, tan agresiva su actitud, que ella se detuvo.

—No te comprendo... Si hay algo en mi apartamento que te molesta, lo quitaré.

—Sólo me molesta una cosa: Tu presencia.

—¡Robert!

—No te gusta, ¿verdad? Pues no puedes figurarte las náuseas que he sentido cuando por ese teléfono me han dicho quién es en realidad el asesino de la navaja.

—¿Estás bromeando? El asesino de la navaja ha muerto; era Giorgio —replicó la mujer, palideciendo.

—El asesino de la navaja no es un hombre, ha resultado ser una mujer, una mujer en la que todos confiábamos y que me ha engañado de la forma más burda. Por un momento, he dudado de lo que oía...

—Habrá sido Kakerlak, seguro...

—¿Kakerlak? Ha llamado para felicitarte; ha sido un gran triunfo para ti hacernos tragar a todos la culpabilidad de Giorgio.

—Está bien, sí, he sido yo quien mató a las dos chicas, pero lo hice obligada.

—¿Obligada, obligada a qué, a asesinar de forma tan sádica a dos niñas, cortándoles el vientre de forma tan brutal?

—La noche en que me vi obligada a matar a Betty oí decir entre bastidores que habían encontrado a una chica muerta en el parque Waldmüller de esa manera; entonces, salí a comprar una navaja de afeitar.

—Comprendo. Primero, trataste de cargar tu crimen al infeliz Dieter Wandermann, pero te salió mal, porque cuando asesinaste por segunda vez, Wandermann ya había muerto y se descubrió inmediatamente que había dos criminales que empleaban los mismos métodos. Después, las cosas te rodaron bien al creer todos en la culpabilidad de Giorgio que sólo era un desgraciado que se aprovechaba de sus discípulas para saciar sus instintos.

—Perdóname, Robert, yo no podía hacer otra cosa. Betty descubrió el *brown-sugar* que yo traía a Viena desde los países donde actuábamos. Se lo contó a Nancy; querían decírtelo a ti primero y luego a la policía, para que me pudiera toda la vida en la cárcel. Compréndelo, no había otra solución; ellas o yo.

Hanelore trató de abrazarle. El hombre la rechazó te un violento empujón, lanzándola contra la librería. Una de las botellas cayó, y el *whisky* se desparramó por el suelo.

—Traficante de drogas y por eso mataste a dos chiquillas... ¿Olvidas que una era mi hermana y aunque no lo hubiera sido igualmente te despreciaría?

—Robert, te quiero, te quiero. He llevado el *brown-sugar* al Skorpion para que Kakerlak lo repartiera. Ellos me han dado una buena cuenta corriente en Suiza; sólo pensaba trabajar unos meses más. Podemos marchar los dos a Zurich y allí seré tuya, te daré todo mi dinero, te lo juro. Sólo me importas tú, no te apartes de mí... Kakerlak quiso matarte desde el primer momento, pero yo he abogado siempre por ti y, si han intentado algo, lo han hecho ignorándolo yo, pues de saberlo les hubiera sacado los ojos a todos.

—Pertenece a un mundo sucio, bajo, execrable, que desprecio con toda mi alma. La casualidad os ha descubierto y no me detendré hasta que purguéis vuestras culpas; la sociedad tiene excelentes métodos para la represión.

Robert caminó hacia el teléfono, pero Hanelore se revolvió como una pantera.

De entre unos libros sacó una navaja barbera y con inusitada rapidez dejó su hoja desnuda, lanzando siniestros destellos.

—¡No, antes te mataré a ti también!

La navaja describió una curva en el aire, produciendo un ligero silbido que no llegó a ser trágico porque el hombre se echó atrás. Hanelore se abalanzó sobre él, dispuesta a no fallar el golpe por segunda vez. Su muñeca fue cogida al vuelo y retorcida, con tal violencia que se vio obligada a soltar el arma que cayó al suelo mientras gemía de dolor.

Stevenson la abofeteó con dureza, arrojándola contra el sofá. Luego, avanzó de modo significativo hacia el teléfono.

—¡No te servirá de nada, no te creerán! El asesino de la navaja ha muerto; era Giorgio, y yo nunca confesaré —advirtió, rabiosa, con las mejillas enrojecidas por los golpes, pero sin derramar una sola lágrima.

El hombre la observó despectivo.

—Da igual. Desde que has entrado está funcionando el magnetófono. Al juez le gustará mucho oír la cinta.

Hanelore observó, aterrada, el magnetófono, colocado sobre la mesita baja y un tanto retirado para que no fuera demasiado visible. La cinta seguía girando de forma morbosa.

—¡Hijo de perra!

La mujer, físicamente hermosa pero de alma repulsiva, se puso en pie sobre el diván y se lanzó contra la ventana, rompiendo los cristales con la cabeza. El sofá, muy ligero, se volcó por la acción del pie y le hizo perder el equilibrio.

Hanelore cayó, seccionándose brutalmente la garganta con los cristales que aún permanecían sujetos al marco. Un gorgoteo siniestro puso fin a la tragedia.

Robert no hizo ningún movimiento para ayudarla. Se limitó a marcar en el disco telefónico unos guarismos que sabía de memoria y esperó, atento.

—Policía, ¿diga?

—Póngame con el comisario Hermann, por favor.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

## Notas

[1] Brown-sugar, residuos que quedan tras la transformación del opio en heroína. < <

[2] Aspirar por la nariz. < <